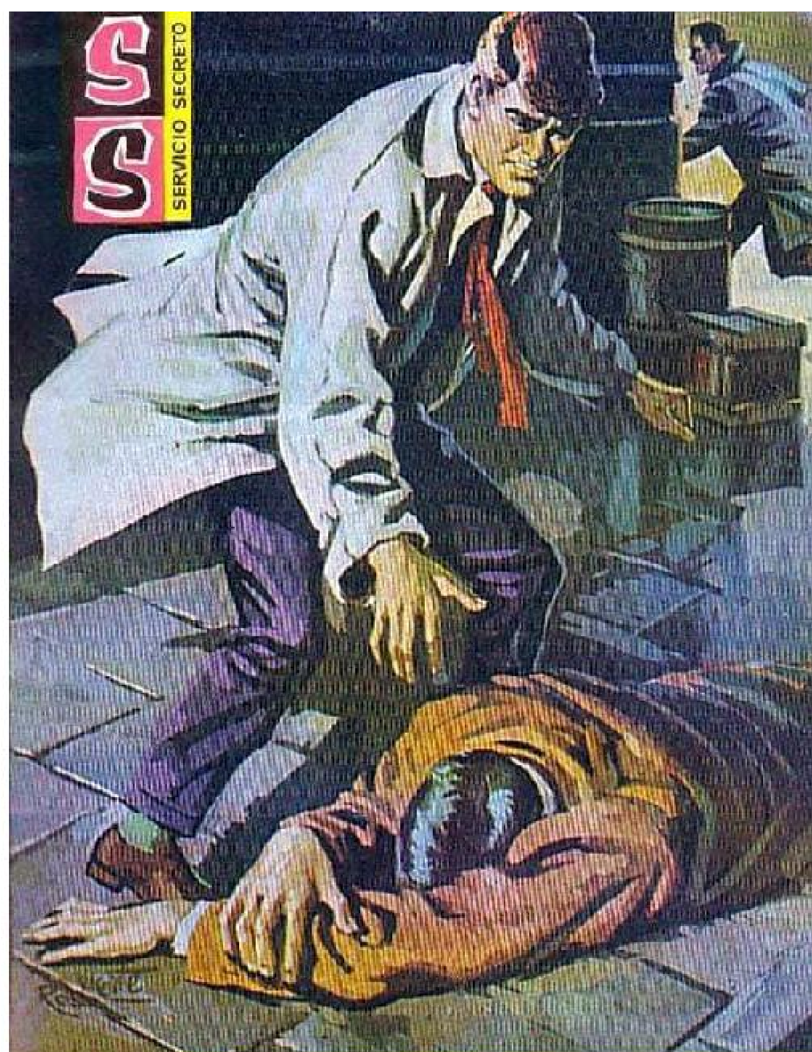

SS
SERVICIO SECRETO
ASESINATO
p. newman
BB

De nuevo sonó el timbre de mi teléfono de sobremesa. Me había hecho el propósito de no contestar a ninguna llamada hasta no tener listo el artículo para la edición matutina del periódico. Me faltaban una docena de líneas y como había hecho ya dos veces, no presté atención y seguí trabajando. Pero tuve que dejarlo. El vibrante repiqueteo llegó a ponerme nervioso. ¿Quién era el loco que llamaba con tanta insistencia? ¿No comprendía que «no había nadie en casa»? Pero el timbre seguía llamando. Miré mi reloj de pulsera. Eran las nueve y media de la noche. Tentado estuve de tirar el aparato contra la pared. Por fin cesó la monótona musiquilla. Suspiré tranquilo y terminó el artículo.

No había empezado a leerlo, cuando de nuevo vibró el timbre. Dispuesto a mandar a paseo al impertinente, cogí el microauricular. Estaba convencido que se trataría de alguien que iba a indicarme una boda o un nacimiento para que su nombre saliera en los periódicos.

Mascullé de mal talante:

—¡Hable…!



P. Newman

Asesinato

Bolsilibros - Servicio Secreto - 669

ePub r1.0
LDS 18.10.17

Título original: *Asesinato*
P. Newman, 1963
Portada: Vicente Roso
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



ASESINATO



por P. NEWMAN

CAPÍTULO PRIMERO

De nuevo sonó el timbre de mi teléfono de sobremesa. Me había hecho el propósito de no contestar a ninguna llamada hasta no tener listo el artículo para la edición matutina del periódico. Me faltaban una docena de líneas y como había hecho ya dos veces, no presté atención y seguí trabajando. Pero tuve que dejarlo. El vibrante repiqueteo llegó a ponerme nervioso. ¿Quién era el loco que llamaba con tanta insistencia? ¿No comprendía que «no había nadie en casa»? Pero el timbre seguía llamando. Miré mi reloj de pulsera. Eran las nueve y media de la noche. Tentado estuve de tirar el aparato contra la pared. Por fin cesó la monótona musiquilla. Suspiré tranquilo y terminó el artículo.

No había empezado a leerlo, cuando de nuevo vibró el timbre. Dispuesto a mandar a paseo al impertinente, cogí el microauricular. Estaba convencido que se trataría de alguien que iba a indicarme una boda o un nacimiento para que su nombre saliera en los periódicos.

Mascullé de mal talante:

—¡Hable…!

—Hola, Fred.

Reconocí inmediatamente la voz. Era Emil Rusck, un antiguo amigo que se había establecido de detective privado. Un buen chico.

—¿Qué hay, Emil?

—Tengo algo importante para ti —su voz revelaba alegría.

Rusck me ayudaba muy a menudo con noticias sensacionales para el periódico para el cual trabajaba yo.

—¿De qué se trata?

—El asunto Nick Brasley.

—Escucha, Emil —casi grité removiéndome en la silla—, no me gustan las bromas.

—No es ninguna broma —protestó él—, y por eso hace dos horas que te estoy llamando.

—Con que eras tú, ¿eh? —Golpeé la mesa.

—¿Qué te pasa?

—Que no me gustan las chanzas y si estuvieras a mi lado te aplastaría la nariz. El asunto Nick Brasley está resuelto. La investigación…

No me dejó terminar la frase.

—Estás, equivocado —dijo secamente.

Su voz no admitía dudas. Me cambié el auricular de mano.

—¿Qué intentas decirme? —pregunté.

—Intento decirte que he hecho un gran descubrimiento, ¡cabezota!

—Por tocios los demonios del infierno que me estás intrigando. ¿Quieres hablar de una vez?

—Escucha, Fred —prosiguió mi amigo—. Te prometo que te proporcionaré el más sensacional de los reportajes.

—¡Está bien! ¡Está bien! —vociferé—, pero dime qué es lo que has descubierto.

—Estoy convencido que no fue un suicidio.

—¿Y me has llamado a mí, cabezota? —dije con toda la fuerza de mis pulmones.

—A Brasley lo mataron.

—Pero escucha, detective de pacotilla. ¿Es que pretendes saber más que los jueces y toda la policía del Estado incluyendo los detectives oficiales?

—¡Bueno! —suspiró Emil—. Si no me crees peor para ti. Yo no pretendo ser mejor que nadie, pero yo te dije que desde el primer momento no veía muy claro todo eso.

—¿Pretendes que te haga caso, o me, estás tomando el pelo para que te mande al diablo?

—Haz lo que quieras. Ya estoy acostumbrado a tus bravatas, pero quiero que sepas que tengo pruebas. Acabo de decirte que he hecho un gran descubrimiento.

No, Emil no mentía. Se lo conocí por el tono de su voz. Pero ¿cómo era posible que él hubiera encontrado una pista o una

prueba de un hecho que los investigadores fallaron como un suicidio? Desde luego que la noticia era interesante.

—¿Cuáles son estas pruebas? —pregunté verdaderamente inquieto.

—¿Te interesa? —preguntó zumbón.

—Sí —grité— y desembucha pronto. Voy a tomar nota de lo que me digas.

—No tan deprisa, Fred. Ése es un asunto que hay que tratarlo con calma y no por teléfono. ¿Has cenado?

—No.

—Entonces nos veremos dentro de media hora en
«Pickwick's».
Cenaremos allí.

—¿En esa tabernucha?

—Tabernucha o no allí te espero —decidió Emil—. Philipp me considera y nos dejará hablar tranquilos en un departamento privado.

Accedí y nos despedimos.

Casi maquinalmente encendí un cigarrillo. Las palabras de Emil me habían dejado meditabundo. Recordaba claramente los hechos, puesto que yo mismo había escrito un reportaje sobre los mismos.

Nick Brasley era un hombre rico y sensato. No se llevaba muy bien con su mujer, quince años más joven que él, pero no tenía motivos para pegarse un tiro. No obstante no se pudieron aclarar las cosas debidamente y los investigadores acabaron por aceptar el suicidio. De haber sido un asesinato había sido planeado con tal perfección que los sabuesos no fueron capaces de descubrirlo. ¿Se había perpetrado el crimen perfecto?

Mi cabeza parecía un volcán. Si era cierto que Emil había hecho un verdadero descubrimiento le devolvería la pelota al estúpido de Burton, que porque llevaba la placa de sargento se creía el hombre más encumbrado del mundo. El había hecho las primeras investigaciones y desde el primer momento aseguró que se trataba de un suicidio. Si ahora se podía demostrar lo contrario quedaría en ridículo y tal vez dejaría de meterse con mis artículos sobre la delincuencia.

La posibilidad de que esta pequeña venganza pudiera convertirse en realidad me hizo sonreír.

Cogí el artículo que acababa de escribir y sin repasarlo lo metí en mi cartera de documentos.

Diez minutos más tarde estaba en la Redacción. Dejé el trabajo, subí al mismo taxi que había cogido y le di al chofer la dirección del
«Pickwick's».

Eran las diez menos cinco minutos que penetraba en el poco grato establecimiento.

Paseé la mirada por todos los rincones del local. Emil no había llegado aún. Recordé entonces que me había hablado de un reservado y para asegurarme le pregunté al dueño del establecimiento.

—No ha llegado todavía —indicó el hombre mirándome de pies a cabeza. Y preguntó—: ¿Es usted su amigo?

Asentí un poco sorprendido de la pregunta. ¿Cómo sabía el tipo aquel que Emil esperaba a un amigo?

Seguramente adivinó mi pensamiento porque esbozó una mueca que quería ser una sonrisa y añadió⁻

—Hace veinte minutos me ha llamado por teléfono, pidiéndome que tuviera listo un reservado, y ante la exclamación que solté me indicó que era simplemente para hablar con un amigo. Por eso le he preguntado si era usted. ¿Quiere que le lleve a este reservado o prefiere esperar a Emil aquí?

—Esperaré aquí mismo.

—Bien, de acuerdo. Siéntese donde le parezca mejor.

Escogí una mesa desde la que se dominaba la puerta de entrada. Apoyé las manos en la misma y las retiré al instante. Estaba llena de un mugre pegajoso. Volví la vista y me di cuenta que todas estaban igual. La suciedad era una cosa normal en el
«Pickwick's».
¿Por qué demonios Emil frecuentaba el tabernucho? Los clientes que se hallaban entonces bebiendo y jugando, lanzando al aire palabras obscenas eran una muestra evidente de su catadura, y tres chicas que se hallaban en la barra y otra en una mesa tratando de convencer a un tipo con barba de quince días, decía a las claras el estamento social al que pertenecían. El
«Pickwick's»
era un antro de vicio y depravación, una representación genuina de

los bajos fondos. Y allí recalaba con cierta frecuencia Emil Rusck que no se recataba de decirlo, añadiendo que era amigo del dueño.

A pesar de todo era comprensible. Emil era detective privado y de mucho le había valido en varias ocasiones conocer a ciertas gentes para llevar a feliz término distintas investigaciones. Conocía al dedillo los antros de la delincuencia y sus elementos.

No sin cierta repugnancia me tomé un *whisky*.

Consulté el reloj. Eran ya las diez y cuarto.

No me gustaba mucho estar allí y Emil se retrasaba. Notaba que los clientes del local me miraban de soslayo.

Una de las chicas se me acercó sonriendo y balanceándose provocativamente. Me pidió un cigarrillo, se lo di y al comprender que nada iba a sacar quedándose a mi mesa me dejó tranquilo.

La vi alejarse y en el fondo me causó pena. Era bastante joven aún y era una lástima que sacrificase sus encantos en un lugar como aquél.

Pasaron varios minutos más y empecé a ponerme nervioso. Emil me había dicho «dentro de media hora» y haría pronto una desde que me habló.

Puse una ficha en el teléfono y marqué su número.

En aquel momento estaba comunicando.

Creo que lancé una palabrota. Insistí a los dos minutos y la línea seguía ocupada. ¿Con quién estaría hablando Emil tanto rato olvidando la cita?

Marqué una vez más, y otra.

La señal de ocupado seguía.

¿No habría descolgado el microauricular para que no le molestasen?

Deseché la idea. Si tenía que salir para reunirse conmigo no tenía por qué dejar el teléfono desconectado.

Empecé a intranquilizarme. Marqué una vez más con el mismo resultado.

Dejé la cabina, pagué la consumición y salí a la calle en busca de un taxi.

Tuve que andar quinientos metros para encontrarlo fuera del laberinto de callejuelas malolientes.

Di la dirección de mi amigo al chofer y ocho minutos más tarde me encontraba ante la puerta de su casa. Vivía en la primera planta

y prescindí del ascensor subiendo los escalones de tres en tres.

Me aseguré antes de llamar. Departamento ocho. Sí, aquél era. Pulsé el botón del lado de la puerta y llegó claramente a mis oídos el repiqueteo metálico del timbre.

No obtuve contestación y llamé de nuevo con igual resultado.

Moví el manubrio de la puerta y comprobé que estaba cerrada.

Convencido que a Emil le había sucedido algo me dispuse a entrar aunque fuera derribando la puerta.

Me preparé y di el primer empujón. La mampara no cedió.

Iba a repetir la suerte cuando una vibrante voz sonó a mi espalda.

—¿Qué le pasa a usted?

Me volví y me encontré frente a una muchacha exquisita, de cabellos castaños, ojos profundos y labios tentadores. Iba vestida con una bata floreada que le llegaba hasta los pies, dentro de la cual se adivinaba un cuerpo perfecto. Tendría unos veintidós años.

En otras circunstancias hubiera hecho los posibles para intimar con ella, pero en aquellos momentos sólo pensaba en Emil.

—¿Conoce usted a Emil Rusck?

—Sí, ocupo este departamento al lado del suyo.

—¿Sabe si está en su habitación?

La joven esbozó una sonrisa.

—Ha salido —afirmó.

—¿Hace mucho rato?

—Una media hora.

Casi cerré los ojos. En media hora tenía tiempo más que suficiente de haber llegado al
«Pickwick's»
antes de que yo saliera.

—¿Está segura? —inquirí nervioso.

—En absoluto. Nos hemos cruzado en el portal. Yo llegaba entonces de mi trabajo y nos hemos saludado como siempre. Le acompañaban dos caballeros.

Las palabras de la muchacha me desconcertaron un poco. Le di las gracias y salí de nuevo a la calle.

Medité unos instantes. Tal vez aquellos caballeros tenían algo que ver con el asunto que Emil quería contarme y se habían marchado juntos al

«Pickwick's»
retrasándose en el camino.

No tuve paciencia para esperar. Entré en una cafetería y llamé al «Pickwick's».

El mismo dueño se puso al aparato. Lo reconocí por su voz cascada.

A mis preguntas contestó con una rotunda negativa. Emil no había llegado aún, ni sólo ni acompañado.

Colgué con brusquedad y volví a la taberna sin perder totalmente las esperanzas. Tal vez algún asunto imprevisto privaba a Emil de acudir a la cita.

Estuve esperando una hora más. Me tomé varias copas del infernal y dudoso *whisky*, mandé a la porra a una mujerzuela que se me acercó y armé una bronca al abonar las consumiciones. Philipp era un tipo asqueroso acostumbrado a cobrar de más cuando creía que el cliente estaba borracho, pero yo no lo estaba y me contuve a pesar de que ya había levantado el puño para incrustarlo en la mandíbula del truhan. El corazón me estaba diciendo a gritos que a Emil le había ocurrido algo y que me convenía estar en buenas relaciones con el dueño del
«Pickwick's»
y su canallesca clientela.

CAPÍTULO II

Aturdido, un poco por el alcohol ingerido y un mucho por los inquietantes presagios que me hacía sobre Emil, salí a la estrecha y pestilente calle sin saber exactamente el camino que me era preciso tomar.

Un par de tipos de mala catadura se burlaban de una mujer que se paseaba por las húmedas losas, tratando de llamar la atención de los escasos transeúntes. De un cuchitril mal iluminado salía una voz con más alcohol que comida, cantando una tonadilla de moda que a mí se me antojó una oración fúnebre.

Doblé con rapidez la primera esquina con afán de salir cuanto antes de aquellas tortuosas callejuelas.

A lo lejos me pareció oír murmullos de voces, pero no hice el menor caso. Sabía sobradamente que en tales lugares eran frecuentes las broncas y pendencias llevadas a cabo por toda clase de gentes de mal vivir, pero de pronto hirieron mis oídos los agudos sones de los silbidos de alarma lanzados por los vigilantes nocturnos.

—Será mejor escapar —me dije inmediatamente, más al instante me detuve en la huida que ya había iniciado, porque la figura de Emil me vino a la memoria, apareciéndoseme ante los ojos.

Dos hombres, estaba convencido que a la fuerza, se lo habían llevado de su casa dos horas antes. ¿No era posible que lo hubiesen acompañado hasta las inmediaciones del
«Pickwick's»
y que en aquel momento estuvieran dando cuenta de él?

Con los puños cerrados y los dientes apretados, dominado por la rabia, volví atrás, doblé tina esquina mal iluminada por un farol y me metí en una callejuela, peor que las que había pisado hasta

entonces.

La gente corría y vociferaba.

En medio de la calle, en un charco de agua que se iba tiñendo de sangre, un hombre de mediana edad se debatía en los estertores de la muerte con la garganta terriblemente cortada.

Aun lamentando tan impresionante cuadro, en el fondo me sentí aliviado al ver que la víctima no era Emil.

La sirena del coche policial hizo volver la cabeza a cuantos se hallaban contemplando al hombre que acababa de fallecer.

—¡Despejen! ¡Circulen! —gritaron los policías abriéndose paso.

Ante mí apareció el sargento Burton.

—¡Vaya! —exclamó mirándome burlón—. ¿Podrías decirme cómo te las has arreglado para adelantarte a la policía?

No estaba yo para chanzas y le contesté de mal talante:

—Sí, voy a decírtelo: acabo de asesinar a este hombre.

—Entonces no te muevas —añadió irónico. Y lanzándome una estúpida mirada empezó a dar órdenes a su gente.

No me gustaba estar allí. Maldita la gracia que me hacía escuchar las morbosas versiones del asesinato en boca de gentes ignorantes y sin escrúpulos. Así que me dispuse a marchar dando el esquinazo a Burton para evitar sus irónicos comentarios sobre mi profesión y no tener que morderme los labios para no decirle cuatro barbaridades o esconder en los bolsillos de mi pantalón los puños cerrados para no descargarlos sobre su cara de mono.

Pero reaccioné al instante de otra manera. Burton me diría si durante las dos últimas horas había habido algún otro asesinato en la ciudad. Era el primer paso para saber a qué atenerme con respecto a Emil Rusck.

Me aparté un poco de los grupos y encendí un cigarrillo sin perder de vista al sargento.

Indudablemente se encontraba como pez en el agua haciendo preguntas y dando órdenes a todo el mundo.

Llegó una ambulancia y se llevaron el cadáver del desgraciado.

Los curiosos, desaparecido el motivo de su morbosa contemplación, empezaron a largarse. Sólo tres personas, testigos presenciales del hecho, según dijeron, fueron retenidas por Burton y obligadas a dirigirse al Departamento de Investigación para prestar declaración.

Me acerqué al infatuado policía.

—¡Bueno! —exclamé mirándole con ironía—. ¡Aquí estoy! Ya ves que no me he movido por si quieres detenerme.

—No me gustan tus bromas, Fred —casi gritó cogiéndome por el brazo con fuerza.

—¿Quieres soltarme? —mascullé tratando de librarme de su garra y sin conseguirlo.

—Te soltaré si me dices qué estabas buscando por estos lugares.

—De acuerdo.

Soltó una carcajada de triunfo y me dejó libre.

—Eres un buen chico —comentó sin dejar de reír. Y al momento añadió—: ¿Sabes algo de este suceso?

—No, cuando me acerqué este hombre estaba agonizando.

—Un buen reportaje, ¿verdad?

—Escucha, Burton —dije mirándole fijamente—. Nada me importa todo eso y no voy a hacer ningún reportaje. Si he venido a este inmundo barrio ha sido porque alguien me citó.

Burton ladeó la cabeza como si dudase de mis palabras. De buena gana le hubiera dado un empujón tratando de hacerle caer en un charco de agua sucia que estaba a pocos pasos de él, pero en aquellos momentos precisaba de sus informes y le conté la verdad.

—Hace más de dos horas —confesó— que estoy fuera del Departamento con el coche patrulla y nada sé. Tres broncas y este asesinato. Creo que por hoy hay bastante. De manera que no te preocupes. Tu amigo habrá encontrado mejor compañía y te ha dejado plantado. Así que será mejor que te vayas a dormir —y dejando oír de nuevo una estentórea risa añadió—: ¡no sea que el aire de la noche te siente mal!

Si en aquel momento hubiera pronunciado las palabras que cruzaron por mi mente, estoy seguro que Burton me hubiera pegado un tiro.

—¡Hasta la vista! —dijo burlón.

No le contesté.

Justo había dado la vuelta para marcharse cuando llegó junto a él el chofer del coche patrulla, un policía alto como una palmera y delgado como una escoba.

—Oiga, sargento —dijo saludando ligeramente—, tenemos más trabajo. De la central nos indican que vayamos al kilómetro ciento

cuatro de la carretera principal, junto al paso a nivel. Según parece un hombre ha sido atropellado por un coche.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Herido? —preguntó Burton.

—Muerte instantánea —certificó el chofer—. Éste es el informe que acabamos de recibir por radio. Atropello mortal y fuga del coche causante del suceso.

—¡Vamos! —ordenó Burton.

Eché a correr detrás de él.

—Escucha —le dije notando que mi voz temblaba ligeramente—, esta noticia me ha impresionado. Tienes que dejarme ir contigo.

—¡Eres muy listo! —Me miró de soslayo—. Pero conmigo no te vale. Tú lo que quieres es un reportaje para tu periódico.

—Te juro que no estoy esta noche para reportajes —dije decidido cogiéndole por el brazo.

Ante la mirada que me lanzó lo solté para no complicar las cosas, aunque mis nervios se hallaban prestos a desatarse.

Durante unos momentos sentí sobre mí los ojos de Burton que me estaban taladrando.

De pronto, ante mi asombro dijo:

—¡Está bien! Te creo. ¡Vámonos!, aunque quiero que sepas que esto nos está prohibido.

—Gracias, Burton —suspiré tranquilo siguiéndole hacia el coche que se hallaba en la esquina de la calle vecina.

¿Qué habría visto en mi rostro que se decidió a complacerme? Seguramente que sin darme yo cuenta, tenía las facciones desencajadas.

El coche se puso en marcha dejando oír su aguda sirena.

A los pocos momentos, el sargento, que iba a mi lado masculló:

—Para que luego digas que soy duro de pelar e incapaz de hacer un favor.

—Te lo agradezco, Burton —contesté a media voz.

Durante el trayecto no intercambiamos una sola palabra más, cosa rara en Burton, porque era sumamente locuaz y gustaba de chancearse de todo.

Luego supe que ante la cara de preocupación que yo tenía, no se atrevió a sacarme de mis pensamientos.

Creo que es la única vez que tengo que agradecerle algo a

Burton.

Seis minutos más tarde los frenos chirriaron, y el coche, después de cabecear, se detuvo.

Los segundos que tardó el sargento en abrir la puerta y apearse me parecieron una eternidad. Una voz interior me estaba diciendo que la víctima era Emil.

Cuatro o cinco personas estaban al lado de un cadáver tendido junto a la cuneta, al que habían cubierto con un paño.

Me precipité hacia el mismo a pesar de los gritos de Burton.

—¡Detente, Fred! No puedes tocar nada. ¡Detente!

No le hice caso y arrodillándome al lado del muerto levanté el paño que le cubría el rostro.

Un nudo se me hizo en la garganta y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. El cadáver tenía materialmente la cabeza destrozada, pero a pesar de ello reconocí al momento a mi amigo Emil Rusck.

—¡Asesinos! —grité.

Alguien a mi espalda dijo:

—Ha sido un lamentable accidente. Yo lo he visto.

Burton estaba a mi lado y cogiéndome por los brazos intentaba separarme del cuerpo inerte.

—¡Vamos, Fred! Lo siento, pero, nada tienes que hacer aquí.

Iba a levantarme cuando me di cuenta que de uno de los bolsillos del cadáver asomaba un llavero con un manojo de llaves.

Al instante comprendí que entre las mismas estaría la de su departamento y que una visita allí me sería de interés.

—Un momento —le dije a Burton. Y para justificar mi actitud cogí el paño y lo coloqué de nuevo sobre el cuerpo de mi desgraciado amigo, pero de forma que sin que nadie se diera cuenta pude hacerme con el llavero.

Burton me miró con cierta tristeza. A pesar de todo era un ser humano y sabía lo que en aquellos momentos pasaba por mi interior. Luego se encaró con el que había dicho que se trataba de un accidente, y le preguntó:

—¿Ha visto usted cómo se ha producido todo esto?

El hombre, un tipo de unos cuarenta años, que tartajeaba ligeramente, con unos ojos pequeños como pulgas, nariz puntiaguda y labios carnosos, explicó:

—Yo iba con mi moto —la señaló apoyada a un árbol— a paso

lento porque no me gusta correr, cuando vi a este hombre caminando por la carretera y volviendo la cabeza sin cesar. Me llamó la atención y aminoré la marcha. Vi venir un coche y entonces pensé que el caminante deseaba encontrar alguien que le dejase subir y que estaba haciendo «auto-*stop*». Esperé a ver si los del coche se detenían y entonces se produjo el accidente. Este hombre se adelantó tanto en la carretera para hacer la señal que el coche aun queriéndolo evitar se precipitó sobre él dejándolo muerto en el acto.

—Y el coche se ha largado, ¿no es cierto? —inquirió el sargento.

—Sí, eso es. Y seguramente para eludir la responsabilidad. Pero yo lo he visto y he tratado de socorrer a este pobre muchacho. Cuando llegué a su lado estaba muerto.

—¿Ha visto la matrícula del coche?

—No, pero era marca «Liems» de color gris claro y lo conducía un hombre de unos sesenta años bastante corpulento. —Sonrió con cierta picardía y añadió—: A su lado iba una linda muchacha.

Burton meneó la cabeza y se acarició la barbilla.

Yo no pude contenerme y me acerqué a él.

—Eso es un asesinato en toda regla —dije casi gritando—. Emil nada tenía que hacer esta noche en estos lugares.

—O por lo menos —comentó el sargento que parecía gozar en no aceptar la opinión ajena— es lo que tú crees, Fred. ¿Es que puedes jurar que Rusck no pudo cambiar de pensamiento? ¿Tenía prohibido salir de la ciudad?

Si Burton hubiera sabido que el motivo de la entrevista concertada era para hablar del asunto Brasley tal vez no hubiera dicho aquello, pero yo me había, limitado a contarle que estaba citado con Emil para divertirnos un rato.

CAPÍTULO III

Ya sé que en aquellos momentos perdí la cabeza y que obré como un estúpido idiota, pero no pude remediarlo. La muerte de mi amigo Emil me hizo perder la serenidad, y cuando vi que el hombrecito de nariz puntiaguda y labios carnosos, sonreía irónicamente por más que quiso disimularlo, después que hubo relatado lo que a mí se me antojó una canallesca mentira, me precipité hacia él y cogiéndolo por las solapas lo zarandeé despiadadamente.

—¡Miente usted! —grité fuera de mí—. Usted es un solemne embustero.

—¡Basta, Fred! —ordenó el sargento cogiéndome con fuerza por el hombro y obligándome a dar media vuelta—. Eso no es cosa tuya. Si miente o no ya lo aclarará la policía.

El hombrecillo esbozó una mueca de triunfo que me sacó de quicio.

Traté de desprenderme de la garra de Burton sin conseguirlo totalmente, pero quedando lo suficiente libre para golpear el rostro del desconocido. No obstante, el movimiento que hizo el sargento frenando la fuerza de mi puñetazo hizo que éste fuera simplemente débil. De otra manera el dueño de la moto hubiera tenido que visitar al dentista al día siguiente. Estoy seguro que le hubiera roto la dentadura.

La poca eficacia del golpe hizo aumentar mi coraje. *Sé* que mis ojos echaban chispas y apreté los labios con fuerza.

—¡Quieto, Fred! —masculló Burton mirándome fijamente.

La placa que lucía en el lado izquierdo del pecho brilló al reflejar la luz de un coche que se acercaba. Era como un aviso de que me hallaba frente a una autoridad. Pero en aquel momento

nada me importaba nada, y al comprobar que no podía salirme con la mía, levantó el puño para descargarlo en la mandíbula de Burton.

Pero mi antagonista, por muy cretino que fuera, burlón y creído, no era ningún cobarde y además estaba dotado, de una estatura y musculatura envidiables.

Hizo un rápido movimiento y mi puño cerrado pasó rozándole la barbilla, pero sin alcanzarlo. Luego sentí un formidable golpe en el pómulo que sacudió todo mi cuerpo. Cerré un momento los ojos, los abrí de nuevo al instante y ya sólo vi que el asfalto de la carretera venía hacia mí como si fuera un tremendo alud que iba a tragarme. Sentí un agudo dolor en la cabeza y quedé sin conocimiento.

* * *

Cuando me recobré, sacudí varias veces la cabeza como si así pudiera echar fuera de ella el dolor que aún sentía. Me apreté las sienes, chasqueé la lengua al notar en la boca un extraño sabor y abrí lentamente los ojos.

Frente a mí estaba Burton con un vaso en la mano.

Era evidente que me habían, obligado a beber algo que produjo el mal sabor que acababa de notar.

Esquivé su figura y paseé los ojos por la estancia. No era la primera vez que estaba allí. Era el departamento policial del distrito.

Detrás de una mesa reconocí al teniente Tropp al qué traté de sonreír.

—¡Hola, Fred! —pronunció.

—¡Hola, teniente! —Correspondí suspirando profundamente porque me daba la impresión que el aire faltaba a mis pulmones.

Burton me miró unos instantes y lentamente dejó el vaso en la mesa. Luego se volvió con parsimonia y acercándose a la silla en la que me hallaba sentado dijo:

—Lo siento, Fred. Tuve que hacerlo para evitar escenas desagradables. Comprende que te portaste como un chiquillo.

No contesté y meneé una vez más la cabeza.

El teniente se levantó y vino hacia mí. Me puso amigablemente la mano en el hombro y dijo:

—Será mejor que vayas a acostarte.

Sabía que Tropp tenía razón. Mi cabeza parecía hueca por dentro y sentía un terrible malestar. Pero a pesar de ello pregunté:

—¿Creéis que puedo irme tranquilo? Este hombre de la motocicleta ha mentido. Emil Rusck nada tenía que hacer en la carretera. Me había citado y alguien lo llevó allí para asesinarle.

—Cálmate, Fred —dijo casi cariñoso el teniente—. Puede que lo que dices sea verdad y puede que su muerte haya sido un asesinato o un accidente. Eso ya lo averiguaremos nosotros.

—Pero —protesté— no puede fiarse solamente en lo que ha dicho ese bandido.

—Escucha, Fred —el tono de Tropp era ahora autoritario—. Si este hombre ha mentido también lo sabremos, no te preocupes.

—Es que…

—Te estoy aconsejando que es mucho mejor que vayas a acostarte. Si crees que puedes decirme algo interesante, mañana te escucharé complacido. Por hoy es suficiente.

Tuve que morderme la lengua para no estallar de nuevo, comprendiendo que Tropp tenía razón. Eran casi las cuatro de la madrugada y la hora no invitaba a largas conversaciones. Además estaba allí Burton y sabía que si decía algo que me cosquilleara le devolvería el golpe sin contemplaciones. Y esto, indudablemente, sería mucho peor para mí.

—Está bien —dije de no muy buen talante—, iré a mi casa a acostarme.

—Es lo mejor que puedes hacer —intervino el sargento. Y con ironía añadió—: Ya te dije que el aire de la noche podría perjudicarte.

En un tris estuve de tirarle contra la cabeza el pisapapeles que Tropp tenía en la mesa. Pero supe contenerme a tiempo y salí del despacho sin decir una sola palabra más.

El aire de la calle me hizo bastante bien. La fresca caricia disipó totalmente las sombras que todavía se hallaban en mi cerebro y a los pocos minutos me sentí como nuevo.

Empecé a andar y maquinalmente puse la diestra en el bolsillo de la chaqueta para extraer el paquete de cigarrillos. Mis dedos chocaron con algo que me hizo detener y sonreír. Era el manojo de llaves que había cogido del cadáver de mi desgraciado amigo Emil.

Lo estrujé contra mi mano y apreté el paso. A los pocos

momentos hice detener un taxi a cuyo chofer di la dirección del despacho de Rusck. Tenía la esperanza de que allí encontraría algo de interés.

—Deténgase en aquella esquina —le dije al conductor antes de llegar a la casa. Pensé que no era conveniente que nadie me viera llegar. Además estaba convencido que Burton, más tarde o más temprano iría al despacho de Emil, y era preciso tomar precauciones.

Aboné la carrera y me apeé. La calle estaba desierta y cuando el taxi hubo desaparecido seguí calle adelante.

Me detuve frente a la casa y para disimular un poco encendí un cigarrillo.

Tenía en la mano el manojo de llaves. Las miré unos instantes y pensé cuál de aquéllas sería la del portal suponiendo que estuviera. Pero no podía perder el tiempo en suposiciones y me acerqué a la puerta. Miré la cerradura. No exento de nerviosismo introduje una de las llaves, luego otra, hasta que por fin la cuarta giró sobre sí misma y la puerta cedió.

Cerré de nuevo, una vez dentro, y permanecí unos instantes en silencio escuchando con atención. Nada se oía y subí con cautela hasta el rellano.

Todo estaba en tinieblas y esto hizo que pudiera percibir por debajo de una puerta, una fina línea de luz.

Mi corazón dio un brinco porque de momento creí que la habitación iluminada era la de Rusck y que Burton se me había anticipado, pero suspiré tranquilo al comprobar que el resplandor salía del departamento contiguo, o sea, según entendí el de la muchacha que había conocido unas horas antes y que me informó que Emil, acompañado de dos caballeros, acababa de salir.

¿Qué demonios estaría haciendo la joven levantada a tan avanzada hora? Yo mismo me contesté que nada me importaba y que muy libre era de dedicar su tiempo del día y de la noche a lo que mejor le pareciera. De todas formas tenía que agradecerle que tuviera la luz encendida porque aquello fue un aviso para mí. Si lograba penetrar en la habitación de Emil no era prudente que encendiera la luz a no ser que pusiera algo junto a la puerta, para evitar su resplandor.

En esta ocasión acerté a la primera llave. La puerta giró

silenciosamente, cosa que me alegró.

Cerré de nuevo y encendí una cerilla.

A su débil luz miré a mí alrededor y tratando de no hacer el menor ruido me acerqué a la mesa de trabajo.

No tuve que mirar demasiado para comprender que todo había sido revuelto. El teléfono se hallaba descolgado y los cajones abiertos.

¿Había estado ya Burton o sus secuaces allí?

Me quemé los dedos y lancé una imprecación.

¡Maldita oscuridad! ¿Dónde tenía la caja de cerillas? ¡Ah! Sí, en la esquina de la mesa. La había dejado allí para mirar unas cuartillas escritas.

Di un par de pasos y alargué la mano. Mis dedos tropezaron con algo y un ruido de cristales hizo que por mi cuerpo recorriese un escalofrío. Acababa de tirar un florero de cristal que se rompió en mil pedazos.

Maldije todos los floreros del mundo y me quedó quieto, en silencio, como si aquello fuera una catástrofe irreparable.

Di con las cerillas y encendí otra.

Pensé que si quería investigar algo, sería mejor encender la luz aunque fuera tapando con algo la rendija de la puerta.

Iba a hacerlo cuando unos suaves golpes dados en la pared me hicieron prestar atención, unos golpes acompasados, con cierto ritmo y que seguramente eran una señal.

Me orienté al instante y no me cupo la menor duda de que el ruido venía de la habitación contigua, es decir, de la que habitaba la muchacha de la luz encendida.

No sin fundamento de causa pensé que la joven, al oír el ruido del jarrón roto, creyó que Emil había regresado y le daba a entender con aquellos golpes dados en la pared divisoria de los departamentos que estaba todavía levantada y le daba las buenas noches.

O tal vez no. Rusck nunca me había hablado de la chica, pero ¿quién podía asegurarme que no había algo entre los dos? ¿Y si fueran asuntos de negocio? De ser así me interesaba relacionarme con ella y darle la fatal noticia.

Al cruzar por mi cerebro esta idea creí que era necesario hablar con ella cuanto antes.

Los golpecitos, en la pared se repitieron una vez más.

No lo pensé más y doce segundos más tarde llamaba en su puerta.

Abrió inmediatamente y la cara risueña que vi al asomar la cabeza se truncó por la más acusada expresión de sorpresa.

Temí que gritara y por eso la tranquilicé al instante.

—No tema, soy amigo de Emil.

Comprendí que me había reconocido y esto me tranquilizó.

—¿Cómo está usted en la habitación de Emil? —preguntó. La angustia se reflejaba en su rostro—. ¿Es que… le ha sucedido algo?

No tuve otro remedio que decirle la verdad con las mejores palabras. Me escuchó sentada en una silla y cuando terminé vi que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¡Pobre muchacho! —suspiró.

—¿Era su novio? —inquirí un poco tímidamente.

Esther negó rotundamente. Eran simplemente vecinos, buenos amigos, y si bien es cierto que habían salido algunas veces juntos nada había entre ellos.

—De no ser así —terminó la joven— no nos hubiésemos limitado a darnos las buenas noches dando unos golpecitos en la pared.

Me di cuenta que el motivo de que Esther estuviera levantada era la lectura. En el extremo de un diván en el que se veía claramente que una persona estuvo tendida, había un libro abierto con las hojas contra la aterciopelada funda.

—Entonces —dijo Esther después de una pausa— ha venido usted para tratar de encontrar algún indicio, ¿verdad?

—Sí, eso es, pero acababa de llegar cuando usted ha golpeado la pared. Mi intención era adelantarme a la policía.

—Entonces —indicó la joven levantándose— vamos enseguida al departamento de Emil. Yo le ayudaré.

Durante un cuarto de hora estuvimos revolviéndolo todo sin el menor resultado. No obstante cogí una libreta con unos apuntes y una cajita en la que había varias tarjetas. Tal vez alguna de aquellas personas podría aclararme algo.

Nadie nos había estorbado en la búsqueda y nos dispusimos a dejar la estancia.

No encendí ningún cigarrillo para no perfumar la habitación con

otro aroma del empleado por Emil y no dejar colillas de una marca determinada de tabaco. Y recogí las cerillas del suelo que dejé en un cenicero donde había muchas otras, y sin hacer ruido nos acercamos a la puerta.

En aquel momento los frenos de un coche llamaron nuestra atención. Era evidente que un automóvil acababa de detenerse frente a la casa.

Tuve un presentimiento y me precipité hacia la ventana.

—¡Espere! —Casi gritó Esther. Y cogiéndome por la mano dijo —: Venga conmigo. Menos mal que ya habíamos apagado la luz.

Entonces me di cuenta que a pesar del cuidado con que quise obrar había cometido una imprudencia. Había permanecido con la luz de la habitación encendida sin preocuparme de la ventana que comunicaba con la calle.

—Sí —susurré siguiendo a la joven hacia su habitación luego de haber cerrado el departamento de Emil—, menos mal que habíamos apagado la luz hace un rato. No creo que los del coche se hayan dado cuenta.

Ambos sabíamos que al nombrar a los del coche hacíamos referencia a la policía.

Ante mis dudas Esther tuvo que empujarme hacia el interior de la habitación.

—No hay otro remedio —dijo después de haber cerrado la puerta.

—Sí, claro —murmuré.

Ella miró a través de la ventana.

—Desde luego —comentó— es la policía. Ya ve pues, que de momento tiene que considerarse prisionero de una mujer.

En vez de contestar me la quedé mirando, yo no sé con qué expresión porque ella se dejó caer sentada en una butaca sin mirarme, con los ojos bajos y los labios temblorosos.

Verdaderamente, Esther era maravillosa.

CAPÍTULO IV

A los pocos momentos, la muchacha se levantó con rapidez y dirigiéndose al interruptor de la luz dijo:

—Será mejor quedarnos a oscuras. No deseo que la policía se de cuenta de que estoy levantada y me haga preguntas.

Pronunció estas palabras en voz baja al pasar junto a mí, rozándome casi con su cuerpo que exhalaba un intenso perfume.

Al extinguirse la luz sentí una rara impresión.

De nuevo oí su voz armoniosa, apenas audible:

—No se mueva de donde está y no haga ruido. Recuerde que los jarrones se rompen.

Su bata de seda acarició mis manos que tenía en las rodillas cuando regresó a su sillón, dejando la invisible estela del embriagador perfume. Luego su acompasada respiración a poca distancia de mí.

Noté como si una garra atenazase mi garganta y me costó tragar saliva. El corazón me latía con fuerza presa de una inevitable angustia.

Sacudí la cabeza y traté de no perder la serenidad por más que mis sentidos se rebelasen.

Seguidamente se escucharon pasos en el pasillo y la voz del sargento Burton.

—Aquí es.

Pasaron unos segundos durante los cuales se oía el roce metálico de las llaves maestras probando de abrir la puerta del despacho de Emil.

Por fin lo consiguieron. Lo que dijo el sargento era evidente:

—Adelante.

Luego el golpe de la puerta al cerrarse.

Sin poderlo remediar comenté:

—Conozco muy bien a este tipo. Es el sargento Burton.

A pesar de que hablé en voz baja, Esther me reprendió:

—¡Cállese! —Su voz era autoritaria.

Obedecí y permanecí quieto. Esther, después de todo tenía razón.

Varias veces miró a mi reloj de pulsera que gracias a su esfera fosforescente me indicaba los minutos que iban transcurriendo, pocos por cierto, pero que a mí me parecían interminables.

Por fin se oyó de nuevo la puerta del gabinete de mi amigo y los pasos de la policía que se alejaban por la escalera. Poco después el coche qué se iba. Burton había hecho la investigación que creí y estaba seguro que sin el menor resultado. Si yo no había encontrado nada, tampoco lo habría encontrado él. Sonreí y me felicitó de haberle tomado la delantera. Burton era un engreído y por más que en aquellos momentos tenía que agradecerle algo, me sentía satisfecho de la determinación que había tomado.

Pensando en los terribles hechos que se habían producido me olvidé por unos momentos de la chica. La visión de la ensangrentada cabeza de Emil apareció de nuevo ante mis ojos con toda claridad y no pude menos que mascullar duras palabras de reproche y venganza que hicieron reaccionar seguramente a Esther porque su voz se dejó oír de nuevo:



—¿Qué le ha sucedido, amigo?

—¡Bueno! Parece que se han ido definitivamente —dijo— y podemos encender la luz.

Sin esperar mi contestación se fue al interruptor y accionó la pequeña palanca.

Las tinieblas desaparecieron al instante y lentamente, sin apenas mirarme, volvió a su sitio.

La miré de nuevo y por unos instantes nuestras pupilas se cruzaron.

Ella, sin prisa y en un movimiento casi elegante, cruzó la bata sobre sus rodillas que habíanle quedado al descubierto al sentarse de nuevo.

—Creo —exclamó de repente— que mi misión ha terminado.

Me levanté.

—Sí, claro —murmuré—, y quiera decir que es ya hora de que me marche. Comprendo.

—He tratado de ayudarle por la amistad que a ambos nos unía a Emil y creo haberlo conseguido.

—Creo —dije— que he de darle las gracias por eso y decirla que me considero en deuda con usted. Por lo tanto, si me lo permite, le explicaré quién soy y los lazos que me unían a Emil.

Esther sonrió con cierta malicia. Mis palabras eran tanto como una invitación a que también ella me explicase algo de su vida.

—Puede hacerlo —convino sin dejar de sonreír y tal vez segura de sí misma y de la corrección que yo había demostrado hasta aquel momento— pero para que no se nos haga tan larga la conversación —añadió levantándose— prepararé un poco de café, ¿le apetece?

Afirmó complacido y pocos minutos más tarde dos tazas del humeante brebaje estaban frente a nosotros en una mesita que colocó entre los dos.

Entre sorbo y sorbo le expliqué cuanto creía que la joven debía saber.

Esther escuchó mis palabras con atención y seguidamente fue ella la que me contó algo de su vida.

Esther era maniquí de una casa de alta costura, muchas noches se acostaba tarde debido a los desfiles de modelos de la última moda, era simplemente una buena amiga, del desdichado Emil y no tenía compromiso alguno en lo referente al amor.

El hielo se había roto y empezamos a tutearnos.

Pero en aquellos momentos había algo extraordinariamente importante que yo quería descifrar y si bien es verdad que en cierto modo vi el camino expedito para susurrar al oído de la joven bonitas palabras, no lo hice por dos motivos fundamentales: no quería que me tomase por un simple conquistador y la muerte de mi amigo me llamaba a cumplir con mi deber.

—Escucha, Esther —dije de pronto—. ¿Cómo eran esos dos hombres que se llevaron a Rusck?

—Apenas me fijé —confesó después de apurar la tacita de café— y será muy difícil de que pueda hacerte el retrato exacto, pero no quisiera equivocarme al afirmar que uno de ellos era un hombre de unos cuarenta y cinco años, más bien alto, moreno y de facciones rudas vestido con elegancia con un traje oscuro, sombrero flexible de ala inclinada sobre la frente y cuerpo atlético.

Con rapidez escribí estos detalles en mi bloc de notas.

Esther prosiguió:

—El otro era bastante más joven. Tendría escasamente unos treinta años, alto igualmente, pero menos robusto. Llevaba también sombrero sobre los ojos y traje oscuro. Creo que su cabello era castaño, sus pómulos algo acusados, rostro estirado, ojos claros y labios delgados —hizo una pausa y terminó—: no creo poder decir nada más sobre este particular.

—Bien —comenté cuando hube terminado de redactar las notas —, si no te equivocas ya es bastante saber todo esto, pero, recuerda —insistí— si al andar, especialmente, revelaban algún movimiento peculiar.

La joven cerró los ojos como si tratase de revivir el momento, ladeó la cabeza y luego mirándome sonriente dijo:

—No, Fred, no puedo afirmar tal cosa. Cuando los he visto estaban bajando la escalera y me pareció que los tres lo hacían normalmente y sin la menor dificultad. Después cuándo han caminado por la entrada yo ya estaba de espaldas y no volví la cabeza.

—Gracias, Esther, por tu buena voluntad.

Permanecimos unos momentos en silencio. Comprendí que Esther no se atrevía a decirme que me fuera, pero que lo estaba deseando. Era lógico. Si en aquellas horas viera alguien salir a un hombre de su departamento creería lo peor. Pero yo me hallaba interesado en saber, en conocer cuánto estaba relacionado con mi desventurado amigo y comprendí que la muchacha podía ser una buena aliada.

Saqué la cajita con las tarjetas que había cogido de la mesa de Emil y la libreta de apuntes y dije:

—Si no te importase me gustaría que viéramos esto por si tú

conoces alguna de estas personas.

Una vez más sonrió Esther conformada al tiempo que iba asintiendo con varios movimientos de cabeza.

Abrí la libreta de apuntes de Emil y empecé a examinarla sin encontrar nada que a mi parecer mereciese prestarle atención.

A pesar de ello hice algunas preguntas a Esther sin que la joven pudiera orientarme en lo más mínimo.

Luego cogí la caja de tarjetas y fuimos mirándolas con la máxima atención. Allí estaban seguramente la mayoría de las personas con las que trató últimamente Emil y quién sabe si alguna de ellas relacionada con su misma muerte.

En esta ocasión la opinión de Esther fue mucho más valiosa. Según su criterio, y por cierto expuesto con el mejor fundamento, fuimos descartando los nombres de aquellas personas que era prácticamente imposible que tuvieran la menor relación con el asunto que tanto me preocupaba. Ésta, me fue explicando Esther, es una dama que quiso que Emil vigilara a su esposo, éste es un joven que solicitó la busca de un perro, este otro pidió que Emil hiciera ciertos informes sobre un amigo suyo que tenía una hermana, éste fue para esclarecer unos asuntos de negocios… Y así sucesivamente.

—Emil me lo contó —terminó diciendo Esther— porque eran casos un poco cómicos.

Así fui eliminando tarjetas hasta que solamente quedaron cuatro. Dos hombres y dos mujeres de los cuales la muchacha pudo decirme poca cosa, lo cual me hizo suponer que Emil no había sido muy explícito por tratarse de asuntos más delicados.

—¿No conoces a ninguna de estas personas personalmente? —le pregunté.

—Tal vez si las viera las recordaría, pero como comprenderás no conocía a toda la clientela de Emil ni a todos los que le visitaban.

—Sí, Esther, tienes razón, pero yo me refería si no te habló nunca de ninguno de ellos. Trata de recordarlo porque ya sabes que es muy importante.

Pero Esther nada pudo añadir a lo que ya había dicho y yo me quedé con las tarjetas de aquellas cuatro personas en las manos y cuyos nombres y ocupaciones eran:

Elisabeth Froïndel, dueña, según se desprendía del redactado de la tarjeta, de una cafetería situada en la calle Veintiséis, núm. 104;

Martha Liemann, viuda cuyo domicilio era Avenida de la Independencia, 86; Lionel Erik, anticuario, establecido en la Avenida Lincoln, 18 y Arthur Morgan, mecánico de automóviles, cuyo taller o domicilio estaba en la calle Baltimore, número 73, en uno de los suburbios de la capital.

—Creo —comentó Esther luego de haber intercambiado nuestras mutuas opiniones— que debes dedicar tu atención a estas cuatro personas.

—Sí —contesté—, creo que tienes razón. Y si quieres que te diga la verdad, el que me llama más la atención es este anticuario en primer término, y luego esta Elisabeth Froïndel, dueña de la cafetería.

—¿Piensas hablar con ellos?

—No creo que sea difícil puesto que los dos tienen establecimiento abierto, como lo tiene igualmente este mecánico de coches. Con presentarme en las respectivas tiendas algo podré indagar —miré la cuarta tarjeta y comenté seguidamente—: En cambio visitar a esta viuda ya va siendo más difícil.

Esther no pudo menos que sonreír.

—Estoy convencida —dijo— que tienes el suficiente talento para encontrar una ocasión favorable.

—Por lo menos lo intentaré —afirmé decidido.

—Sí yo pudiera ayudarte en algo… —musitó la joven.

—¿Lo dices en serio? —pregunté interesado.

—Creo que me gustaría.

Después de estas palabras estuvimos discutiendo largo rato. Ni ella habló más de mi marcha ni yo tuve muchas ganas de irme.

Bebimos otra taza de café y quedamos que al día siguiente nos veríamos de nuevo.

Cuando salí de la casa de Esther me sentía un poco aliviado en mis preocupaciones con respecto a Emil. El haber encontrado a otra persona que se interesaba por él me había hecho mucho bien.

Era ya de día cuando me metí en la cama para descansar aunque fuera solamente un par de horas.

Capítulo V

Durante varios minutos me revolví en la cama sin poder conciliar el sueño. Me levanté de mal humor y de un manotazo traté de correr las cortinas para tapar la luz que se filtraba a través de las ventanas. Pero no era la luz lo que no me dejaba dormir y tuve que rendirme a la evidencia de que eran mis nervios los que no me permitían permanecer diez segundos con los ojos cerrados.

Encendí un cigarrillo y me quedé tumbado en la cama con la espalda pegada al colchón.

La nube azulada del humo que lanzaba por boca y nariz se diluía en lo alto de la habitación, pero allí, antes de perderse totalmente, daba vertiginosas vueltas alrededor de varias figuras que llevaba clavadas en el cerebro: Emil, inmóvil en la carretera, el sargento Burton, el teniente Tropp y Esther con su larga bata que se abría al menor movimiento para dejar al descubierto las perfectas piernas.

Una después de otra en una sucesión inacabable de imágenes, fueron apareciendo estas figuras, ora juntas, ora separadas, hablando casi todas a la vez:

—Se trata del asunto Nick Brasley. He hecho un gran descubrimiento.

—¿Es que Rusck tenía prohibido salir de la ciudad?

—Esto es un asesinato en toda regla.

—Será mejor que vayas a acostarte.

—Lo siento, Fred, te portaste como un chiquillo.

—No deseo que la policía me haga preguntas.

Tiró el cigarrillo y me levanté de un salto para apartar de mi mente aquella visión. Mi cabeza parecía una caldera hirviendo.

Lancé una imprecación, me acerqué a la ventana y tiré con tanta fuerza de una de las cortinas que el soporte cedió cayendo el

conjunto al suelo.

Con no poco esfuerzo logré calmar a mi atormentado espíritu y meditar con cierta tranquilidad los acontecimientos.

Estaba convencido, tenía la absoluta seguridad de que Emil Rusck había sido asesinado por haber descubierto algo sobre la muerte de Nick Brasley y de cuyo asunto quería hablarme en la tabernucha de Philipp.

Luego pensé en la encantadora Esther. En ella tenía una colaboradora para empezar las gestiones que tenía el propósito de llevar a cabo. Pero de repente sentí como un escalofrío, como si hubiese descubierto algo que me produjo cierta angustia.

¿Podía fiarme de la muchacha?

Y sobre esta pregunta empecé a hacer cábalas.

Era evidente que gracias a ella me había librado de enfrentarme con Burton, pero ¿por qué tomó la precaución de apagar la luz para que la policía no se diera cuenta de que estaba levantada? ¿Lo hizo verdaderamente para protegerme? ¿Por qué dijo que no le gustaba que la policía le hiciera preguntas? Y luego ¿por qué se brindó a ayudarme, a trabajar a mi lado? ¿Era cierto todo lo que me dijo sobre los apuntes de la libreta de Emil y las personas de las tarjetas? ¿No trató de despistarme? Si Emil era un simple vecino, un amigo como tantos otros ¿qué interés podía tener por él y qué la indujo a obrar como lo hizo conmigo siendo un desconocido para ella?

A cada pregunta que me hacía más turbio me parecía todo.

Tomé la determinación de no fiarme de ella, pero decidí también seguir viéndola para que no recelase. Era muy bonita y poseía las suficientes armas para hacer perder la cabeza a un hombre, pero tal vez no pasase de ser una mujerzuela peligrosa. Era preciso estar alerta y me hice el propósito de tomar las máximas precauciones.

Meditando el camino que iba a seguir y fumando cigarrillos dejé pasar el tiempo, hasta que a las siete y media salí a la calle con un programa trazado.

Un cuarto de hora más tarde me hallaba en aquel antro de depravación llamado
«Pickwick's».

Philipp al verme se quedó con la boca abierta, como idiotizado.

Miró a mí alrededor. La taberna se hallaba casi vacía. Solamente un tipo de cabello enmarañado, ausente de peine, con cara de

asesino, dormitaba junto a una mesa en la que había un vaso de dudosa bebida.

Al escuchar mis pasos y apercibirse de mi presencia me miró con ojos de besugo muerto, con el blanco rojizo y embotados por el alcohol.

Philipp vino hacia mí.

—Siento mucho lo que le ha pasado a Emil —dijo meneando sin cesar la cabeza y con una mueca en los labios que no pude averiguar si era de conmiseración, pesar o sarcasmo.

—¿Cómo sabe lo que le ha sucedido a Emil? —grité amenazador.

El tabernero me lanzó una mirada que bien podía ser de desprecio y cogiendo del mostrador un periódico me lo puso delante de la nariz.

—Tenga —dijo mirándome con fijeza—, ¿es que cree que solamente lee los periódicos usted?

Cogí el diario con violencia.

—Pues ¿qué creía? —masculló Philipp escupiendo las palabras. Y se alejó de mí murmurando—: ¡Estúpido!

Ante el insulto di unos pasos y cogí al tabernero por el brazo obligándole a darse la vuelta.

—¡Cuidado con lo que dice si no quiere probar la fuerza de mis puños!

—¡Suélteme! —vociferó Philipp. Y sacudiendo el brazo con fuerza se desprendió de mi garra.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? —intervino el borracho levantándose.

—Déjalo, Larry —indicó el tabernero—, está afectado por la muerte de su amigo y ha perdido el control de sus nervios.

Tentado estuve de emprenderlas a tortazo limpio contra aquel par de indeseables, pero supe contenerme, y como hice en la noche anterior me quedé quieto pensando una vez más que me era más conveniente estar bien con aquella gente de mal vivir que pelearme con ellos.

El de los ojos hinchados dejó escapar una estentórea risa.

—¿Y quién era ese amigo que murió? —preguntó zumbón mirándome como si fuera un bicho raro.

—Se llamaba Emil Rusck —aclaró Philipp.

—¡Ah! Sí —comentó el otro—, ya sé. Aquel detective que a veces venía aquí y se metía en todo. Así tenía que terminar: asesinado.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Cómo sabes que Emil murió asesinado?

—Me lo figuro. Esta gente siempre acaba igual.

En un momento miré el periódico para cerciorarme de la noticia. ¿No habría descubierto algo la policía y al dar el informe a la Prensa había hablado de asesinato?

No, no era así. Los titulares decían: «Un detective privado llamado Emil Rusck ha encontrado la muerte al ser arrollado por un coche en un desgraciado accidente».

Me encaré con el beodo.

—El periódico no habla de asesinato. ¿Cómo has dicho tú esto? —vociferé—. ¡Habla, por todos los diablos del infierno si no quieres llevar dentadura postiza!

—Déjame en paz —exclamó el granuja haciendo al mismo tiempo un gesto de desprecio y volviendo a su mesa.

Lleno de coraje me fui hacia él y cogiéndole con la mano izquierda las solapas de la mugrienta chaqueta descargué con todas mis fuerzas el otro puño contra su rostro inexpresivo.

A mis espaldas escuchó precipitados pasos, pero no hice caso observando las piruetas que hizo el borracho. Primero se levantó, luego cayó sentado pesadamente en la silla y seguidamente arrastrando el asiento se balanceó hacia atrás hasta caer pesadamente al suelo, después de haber dado un fuerte golpe con la cabeza en la pared.

Iba a volverme cuando sentí en la nuca un tremendo golpe dado seguramente con una porra de goma. Ante mis ojos aparecieron por un instante miles de luces de todos los colores. Después un terrible zumbido en los oídos al mismo tiempo que me pareció que las mesas y sillas trenzaban una danza macabra volando por los aires. Seguidamente una espesa niebla que me envolvió en un instante y finalmente un vacío enorme a mí alrededor. Mientras me desplomaba me arrepentía ya de lo que había hecho.

* * *

A recobrar el conocimiento tuve que hacer un gran esfuerzo para recordar lo que me había acontecido. Lentamente se disiparon las tinieblas que hasta entonces me habían envuelto y por eso fue mayor mi sorpresa al encontrarme en plena carretera, frente a dos hombres que me atendían y junto a un enorme camión marca «Elwirst». Sin lugar a dudas eran el conductor y su ayudante.

—¿Qué le ha sucedido? —me preguntó al más alto que atendía por Ruddy, según supe luego.

No creí oportuno decir la verdad y lo mejor que pude me inventé una mentira lo más verosímil posible para obligar a los que tenía delante a explicarme cómo me habían encontrado.

—Cuando hemos pasado con el camión lo hemos visto tendido en la cuneta. Pensando en un posible accidente nos hemos acercado y le hemos dado un poco de ron para que volviera en sí.

Eso era todo o por lo menos lo que me dijeron ambos, que se ofrecieron a llevarme de nuevo hasta el interior de la capital.

Acepté y si bien querían dejarme donde les indicase no quise que se desviasen de su ruta y me apeé en la calle Catorce, no lejos de la Redacción del periódico.

Mi primer impulso había sido volver al «Pickwick's» para pedirle explicaciones al poco grato Philipp y romperle la cara según fuera su reacción, pero pensé que nada solucionaría así como no fuera empeorar la situación, y a paso ligero me dirigí al periódico. Tiempo tenía para meditar y tomar una resolución categórica.

El director me recibió un poco agriamente debido a la hora en que me presenté solicitándole además unos días de inactividad periodística para dedicarlos a la investigación de la muerte de mi amigo Emil.

—¿Es que no está la policía para estas cosas? —masculló.

—Sí —contesté diciendo—, pero se trata de un asesinato y según parece van a dejarlo como un accidente.

—¡Ya! —dijo burlón—. Y tú vas a descubrir la verdad.

—Por lo menos lo intentaré.

—Lo que vas a buscar es que te rompan la crisma y te suceda lo mismo que a Emil.

—¡Bueno! —grité mirándole con fijeza—. Si me matan ya me

darán sepultura.

—Sí, y nosotros te mandaremos una corona de flores.

—Estoy dispuesto a renunciar al empleo —añadí perdida la paciencia— si no acepta mi proposición.

—¡Está bien! Haz lo que te de la gana, pero si te agujerean la cabeza me alegraré.

Salí de su despacho echando chispas y dando un tremendo portazo.

—¡Cabezota! —mascullé.

Llevaba tanta prisa para salir a la calle que al dar la vuelta en el pasillo no pude evitar el encontronazo con una de las mecanógrafas que venía en dirección contraria.

Para no derribarla la cogí por los antebrazos, pero debido al impulso que ambos llevábamos su cuerpo chocó contra el mío y quedamos abrazados unos instantes.

Ella de momento pareció asustarse, pero al reconocerme sonrió y abandonándose coquetamente, dijo:

—¡Oh! Fred, no sabía que fueras tan impetuoso…

Poco faltó para que no la apartase de mí bruscamente y la mandase al diablo, pero después de todo, por muy ligera de cascos que fuera, era una señorita y no era cosa de portarme groseramente.

—Ha sido sin querer —dije apartándome.

Ella ladeó la cabeza sin dejar de sonreír, se encogió ligeramente de hombros y guiñándome un ojo repuso con picardía:

—¡Qué pena!

Y siguió su camino balanceando su cuerpo más de lo corriente.

Seguí adelante y cuando me hallaba cerca de la puerta de salida me detuve. Me vino a la memoria la encantadora Esther y retrocedí para llamarla por teléfono.

Desde una de las cabinas de la Redacción marqué su número.

—¡Hola, Esther! Te llamo desde el periódico.

—¡Ah! Ya decía yo. Te he llamado varias veces a tu casa sin resultado. Estaba intranquila.

Sin darle muchas explicaciones la cité para dentro de media hora.

—Hasta luego.

—Adiós…

CAPÍTULO VI

Esther fue puntual a la cita y sin pérdida de tiempo nos fuimos a la cafetería de Froïndel. Estaba en ayunas y aparte del interés que tenía por la investigación, deseaba tomarme un café con leche.

Nos atendió una linda camarera.

Mientras se iba al mostrador para cumplimentar el encargo, Esther me dijo:

—Me da la impresión que la dueña es aquella mujer del lado de la vitrina. ¿Te has fijado? Parece haber llorado. Tiene los ojos hinchados.

Con disimulo miré hacia el lugar indicado por mi compañera de mesa.

—Sí —comenté—, eso parece —y llevado por una corazonada que sentí, cuando la camarera se acercó de nuevo con las consumiciones, dije:

—¿Tienen algún periódico de hoy?

—Sí, pero lo tiene la señora Froïndel.

—¿Es aquella dama del lado de la vitrina?

—Si, ella es.

—Pero ahora no está leyendo.

—No, desde luego, pero…

—Parece haber llorado —intervino Esther.

—Sí, ha tenido un gran disgusto al leer una desagradable noticia.

—¿Una desagradable noticia? —repetí tratando de dar a mi voz un aplomo que no sentía porque estaba seguro de que el asunto se presentaba muy bien.

La camarera que, o era muy comunicativa o buscaba una buena propina, debido a lo cual se mostraba muy locuaz, explicó:

—Esta noche pasada un coche ha matado a un joven al que ella distinguía mucho.
—¿Un familiar? —pregunté.
—No, era simplemente un amigo. Un detective privado llamado Emil Rusck.
La camarera había dicho lo que deseaba para llevar a cabo mi comedia.
Puse cara de asombro y me levanté.
—¿Cómo ha dicho usted? ¿Emil Rusck?
Ante mi actitud, la dueña del establecimiento que nos había estado observando, se levantó para acercarse.
—¿Qué le pasa a usted?
—No, nada —balbucí.
—¿Conocía a Rusck? —inquirió la señora Froïndel.
Esther me miraba con suma atención.
—Sí —confesé, pero seguidamente mentí con descaro—. Lo había visto algunas veces en la Redacción del periódico donde yo presto mis servicios. Por cierto —añadí— que hace pocos días nos dijo que tenía una buena noticia para el periódico.
—¿De qué se trataba? —preguntó Elisabeth Froïndel con desmesurado interés.
—Lo ignoro —dije como si lo lamentase. Y aprovechando la pausa que se hizo acto seguido, dije—: ¿Le conocía usted?
Elisabeth pareció dudar antes de contestarme. En sus ojos descubrí una extraña luz. Repuso:
—Sí, le conocía y me había prestado muy buenos servicios.
Ladeé la cabeza, y ante mi interrogante mirada, prosiguió, luego de haber tomado asiento al lado de Esther:
—Verá —sus ojos se desviaron hacia ella— no sé si es prudente confiarme a usted.
—Puede hacerlo —la invité— puesto que en el periódico todos admirábamos a Rusck y en cuanto a esta joven —cogí la mano de Esther cariñosamente— no debe preocuparla. Es mi novia.
La joven sonrió y me acarició la barbilla.
—En este caso —indicó la Froïndel— le diré las relaciones que tenía con Emil. Mi clientela es un poco delicada, reservada y de ciertas características, y en diversas ocasiones ha habido señorita que se ha interesado por la forma de vivir y en especial por la

situación económica del galanteador, o viceversa, caballero que ha deseado saber algo sobre una dama determinada.

—Comprendo —dije sonriendo a pesar de que tales embrollos me parecían censurables y en el fondo me daban aseo.

—En estas ocasiones —prosiguió la mujer—. Emil era mi aliado ya que le confiaba la resolución de los casos. El se ganaba unos buenos dineros con la investigación y yo quedaba bien con los clientes que así permanecían en el anonimato y nadie sabía quién se interesaba por quién. —Suspiró y terminó—: eso es todo. Emil era un buen amigo y por eso siento tanto lo que le ha ocurrido.

En un instante medité la forma de comportarme para no perder el contacto con Elisabeth. Podía ser cierto lo que me decía o podía no serlo. Dije:

—Siempre habíamos dicho que la vida de un detective privado es interesantísima y a mí se me ha ocurrido escribir algo así como sus memorias. ¿Puedo contar con su colaboración si me precisan algunos datos?

—Sí —contestó sin pensarlo, la mujer— pero no espere que le de ningún nombre de mis clientes.

—Bien —sonreí— de acuerdo, porque no son sus clientes los que me interesan, sino los hechos.

No creí prudente en aquella primera entrevista profundizar más. Por otra parte no estaba muy seguro de Esther y acompañado de ella salí del establecimiento después de un breve intercambio de palabras con Elisabeth Froïndel.

—¿Crees que esta mujer te ha dicho la verdad? —me preguntó Esther al llegar a la calle.

La miré unos instantes.

—No creo —prosiguió la joven— que estas relaciones que ha mencionado sean lo suficiente fuertes como para que llorase como lo ha hecho.

—Puede que tengas razón —dije con un punto de ironía en la voz— porque hay personas que saben disimular de manera prodigiosa.

Esther no hizo el menor movimiento y en consecuencia no pude ni tan sólo adivinar si había captado el fondo de la frase que acababa de pronunciar.

—¿Cuál es tu opinión, Fred? —inquirió mi compañera de paseo.

Le di unos golpes en el brazo que tuvieron la virtud de hacerla sonreír y dije:

—Es muy prematuro hacer afirmaciones. Todo esto hay que pensarlo mucho, y esto es lo que voy a hacer: meditar.

—Tú sabes lo que más te conviene —comentó colgándoseme del brazo, lo que me hizo suponer que se había tomado demasiado en serio lo de que era mi novia como le había indicado a Elisabeth.

Para sacarla de dudas comenté:

—Ya me perdonarás que haya dicho a esa mujer que eras algo mío. Lo hice para que no tuviera reparos en hablar.

—No te preocupes —exclamó encogiéndose de hombros—, no tiene importancia. Esas mentiras no perjudican a nadie.

Me alegré de que no me hiciera una escena sentimental o de coquetería y sin hacer comentarios llamé a un taxi al conductor del cual di la dirección del anticuario Lionel Brick.

Mientras el coche se deslizaba por el asfalto, dije:

—Puesto que te gusta esta comedia, vamos a seguirla. Ante el anticuario vas a ser otra vez mi novia. Le diremos que vamos a casarnos dentro de poco.

—Muy bien, jefe —exclamó ella con una sonrisa de despreocupación— seré tu novia, tu mujer o lo que quieras si ello ha de favorecer a tus planes.

—Gracias, Esther —dije un poco seco, porque no atinaba a ver clara la actitud de la muchacha.

Pocos minutos más tarde el coche se detenía frente al número 18 de la Avenida Lincoln. Encima de una de las puertas de las varias tiendas que pertenecían al edificio, había un letrero con la siguiente inscripción:

LIONEL BRICK. ANTICUARIO

Acompañado de la muchacha que para representar mejor su papel de prometida, se me cogió del brazo, penetramos en el establecimiento.

Un hombrecito escuálido con cara de judío que llevaba cabalgando sobre la nariz unos viejos lentes de un número considerable de dioptrías, dejó en la mesa una figurilla que tenía en las manos y se nos acercó para atendernos.

Le hice varias preguntas sobre unos muebles, le dije bastantes

mentiras, pero nada saqué en claro. El pequeño hombre parecía impenetrable. Lo único que supe es que era el mismo Brick en persona.

Ya casi desalentado del todo iba a despedirme del anticuario pensando encontrar mejor, ocasión para hablarle de nuevo, cuando Esther se fue derecha hacia una silla en la que había un periódico, mientras decía:

—Sigue tú hablando con el caballero, querido. Yo voy a mirar el periódico. Ya sabes que me encanta leer los sucesos.

El anticuario rió con sarcasmo y meneó varias veces la cabeza.

—¿Me permite, verdad? —añadió ella desdoblando el diario.

—Sí, Sí —murmuró Brick— y por cierto que hoy en esta sección que ha dicho hay algo interesante. Nada menos que dos muertes: un asesinato y un atropello mortal.

Por amarga experiencia yo conocía ambos casos por haberlos vivido prácticamente. Comenté:

—Siempre son de lamentar estas cosas, pero si no se conoce a la víctima, es mucho menos sensible para uno.

Esther dio pruebas de su perspicacia, porque luego de leer durante unos instantes nombró a las dos víctimas por su nombre y me preguntó:

—No conoces a ninguno de ellos, ¿verdad?

—No, por cierto —mentí.

—¿Tampoco a usted le afectan esas muertes? —Esther se dirigió al anticuario.

Éste sonrió con sarcasmo y dijo:

—Jamás he oído estos nombres.

—Este Rusck —prosiguió mi acompañante— según dice el periódico, era detective privado.

—No conozco a ningún detective privado —dije para ver la reacción de Rusck.

—Ni yo tampoco —afirmó el anticuario sin dejar su extraña sonrisa.

Dos minutos más tarde, Esther y yo, en la calle, nos miramos y dijimos al mismo tiempo:

—Esto es muy extraño…

CAPÍTULO VII

A pesar de que hasta aquel momento no tenía motivos justificados para dudar de Esther y he de confesar además que a su lado me encontraba bien, me había hecho el propósito de no fiarme demasiado de ella hasta no ver claramente su actitud. Por eso no hice el menor comentario a las visitas que habíamos hecho por más que ella me azuzó a hablar, limitándome a ligeros comentarios que en nada podían comprometerme.

Esther pareció conformarse y aproveché el momento, para zafarme de su compañía con la excusa de que tenía que volver a la Redacción del periódico.

—Te llamaré en cuanto pueda —le dije casi con cariño aun cuando mi intención era efectuar algunas diligencias por mi cuenta.

—Si no estoy en casa —indicó— me encontrarás en la tienda de modas. ¿Recuerdas la dirección, verdad?

—Sí, la tengo anotada.

—Entonces hasta luego.

—Adiós, preciosa… Allí está el autobús.

Eché a correr para alcanzar el coche, dejándola prácticamente plantada.

Me apeé casi frente a la policía y penetré en el edificio dirigiéndome con rapidez al despacho del teniente Tropp.

Entré casi sin llamar y sin esperar a que el agente me diera su permiso.

Tropp no pudo reprimir un gesto de contrariedad, pero seguidamente sonrió al reconocerme. Meneó la cabeza y dijo:

—A veces eres demasiado impetuoso, Fred.

—¿Habéis averiguado algo? —inquirí sin hacer caso al comentario del teniente.

Tropp esbozó una mueca de ironía que a decir verdad no me sentó nada bien.

—La policía —dijo— no acostumbra a dar cuenta a nadie de sus gestiones, pero a fin de cuentas tú eres un buen chico y comprendo que quieras saber todo esto ya que de un amigo tuyo se trataba.

—Te lo agradezco, Tropp.

—Tenemos la declaración firmada del testigo presencial.

—¿De aquel tipo indecente? —No pude menos que comentar.

—Si es esto que tú dices ya lo averiguaremos, pero de momento tenemos que aceptar su versión. Le he encargado a Burton las gestiones de este caso y anoche ya empezó a trabajar. Las cosas hay que hacerlas con tiempo.

—Y mientras tanto —mascullé— los asesinos andando sueltos por la calle.

—¡Fred! —gritó el agente—, no voy a consentirte esas bravatas. Si no cambias de actitud mandaré a que te echen de patitas a la calle.

No me quedó otra solución que pedir disculpas, prometer no sé cuántas cosas y sonreír, por más que la ira me dominase.

—Así es mejor —añadió Tropp.

—¿Cuándo es el entierro?

—Mañana a las nueve. Hoy habrán hecho la autopsia al cadáver.

—Gracias por tus informes, teniente.

Me miró unos instantes y habló con cierta picardía:

—Y tú ¿qué has averiguado?

—¿Yo?

—No te hagas el desentendido —añadió sin abandonar el tono irónico— que te conozco demasiado. Además no olvides que soy policía y veo a los cojos sentados.

No pude menos que sonreír y afirmar con la cabeza.

—Procura no interponerte en las gestiones de Burton y ten en cuenta que todo esto es un poco peligroso.

—Gracias por el aviso, pero estoy decidido a llevar a cabo mis propósitos.

—Sin olvidar lo que acabo de decirte —remachó Tropp.

En aquel momento sonó el teléfono de sobremesa.

El teniente cogió el microauricular.

—Que pase inmediatamente —dijo a los pocos segundos.

Seguidamente colgó y volviendo la vista hacia mí, añadió—: Es el médico que ha practicado la autopsia al cadáver de Rusck.

—¿He de retirarme?

—No, no hace falta.

La puerta se abrió y apareció un hombre de mediana edad, vestido con elegancia, un poco duro de facciones, pero de ademanes agradables.

—Adelante, doctor Krass —dijo el teniente, adelantándose hacia el médico con la mano tendida.

Tropp me presentó al visitante.

—Es periodista y antiguo amigo del difunto.

Krass me estrechó la mano.

—También yo le conocía —dijo el doctor luego de suspirar— y puedo asegurar que era un buen chico.

Y ya ve, me ha tocado a mí practicar la autopsia. ¡Pobre muchacho! El coche le aplastó la cabeza después de haberle destrozado el muslo derecho. ¡Un terrible accidente!

—Estoy seguro —casi grité sin poderme contener— que el atropello fue un crimen.

Tropp me lanzó una severa mirada.

—Esto —comentó Krass con calma— no es cosa mía decirlo, que por algo está la policía. Yo tengo que limitarme a dar el informe médico —y diciendo esto entregó al teniente una hoja de papel doblada.

—Gracias, doctor —dijo Tropp.

Krass se volvió hacia mí.

—Permítame que le diga que, aun siendo todo posible en este mundo, no comparto su opinión con referencia a la muerte de Emil. Si usted le conocía, sabe cómo yo que no tenía enemigos lo suficiente acusados como para asesinarle a pesar de que debido a su oficio podía granjearse antipatías peligrosas.

Poco me faltó para que hablase demasiado. A punto estuve de decir lo que Rusck me había contado, pero supe callar a tiempo y me excusé como pude.

Mientras tanto, Tropp había dejado el informe médico dentro de una carpeta en cuya cubierta se leía: «Asunto Emil Rusck».

Krass se despidió para marcharse.

—Le acompañaré —dijo Tropp dirigiéndose hacia la puerta.

Los dos salieron de la estancia. Comprendí que el teniente deseaba decirle alguna cosa al doctor sin que yo me enterase, pero di gracias al cielo por aquella circunstancia y decidido abrí la carpeta.

Mi intención era leer el informe de la autopsia, pero ante mis ojos apareció otra hoja firmada que resultó ser la declaración del testigo.

Como un relámpago cruzó por mi cerebro la idea de leerla, pero era un poco larga y creí que lo más interesante era saber el nombre y domicilio de aquel tipo asqueroso.

Rápidamente anoté su nombre y dirección en mi bloc de notas: Marc Topson, Baltimore 46.

—¡Maldita sea tu estampa! —mascullé dejando la carpeta tal como estaba para evitar que Tropp me sorprendiera—. ¡Calle Baltimore! Este granuja es vecino de Morgan, el mecánico de coches cuya tarjeta tenía Emil —y para cerciorarme bien lo comprobé.

No me había equivocado. El mecánico Morgan vivía en el número 73 de la misma calle de los suburbios. Eran casi vecinos.

Pero ¿tenían relación entre ellos? ¿Era todo casualidad? Apreté los puños y me hice el propósito de averiguarlo cuanto antes.

Tropp entró de nuevo y sin apenas escuchar sus palabras salí de su despacho en el momento que me decía:

—Vete con cuidado, Fred, y no cometas imprudencias.

—Está bien —dije—, si me agujerean el pellejo ya te lo diré.

Me cogió con fuerza por el brazo cuando iba a seguir adelante:

—Eres un majadero —me espetó— y por menos he mandado encerrar a hombres en el calabozo que es lo que haría ahora mismo si no te conociera como te conozco. Te lo repito, Fred, vete con cuidado y si me necesitas, aunque no lo merezcas, llámame.

—De acuerdo, Tropp —contesté—, pero haré lo posible para que esto no suceda.

Ya en la calle consulté el reloj. Para ir a la calle Baltimore tenía el tiempo demasiado justo si no quería exponerme a encontrar el taller de Morgan cerrado, así que dirigí de nuevo los pasos al «Pickwick's» para ajustarle las cuentas al canalla de Philipp.

Entré como una tromba dispuesto a romperlo todo y derribar a cuantos se me pusieran por delante para llegar hasta Philipp y

estrujarle los huesos, pero al instante frené mis impulsos al ver el establecimiento casi totalmente lleno de aquella escoria de la sociedad perteneciente a ambos sexos. Recordé las palabras de Tropp: no cometas imprudencias, y creo que en el fondo sentí un poco de miedo. Estaba seguro que la mayoría de aquellos tipos no tendrían reparo en convertir mi cuerpo en un fiambre ya que para ellos un par de puñaladas más o menos no tenían importancia. Además yo mismo me había repetido que me convenía mejor estar bien con aquella pandilla de granujas que buscar pendencias con ellos, por más que me doliera el porrazo que me habían sacudido unas horas antes.

Hice acopio de paciencia, lié con la mayor parsimonia que pude un cigarrillo que luego colgué en los labios al estilo de los pilletes, le pegué fuego con una cerilla, que encendí frotándola en la parte posterior de los pantalones, y a paso de matón me dirigí a la mugrienta barra.

Philipp que ya me había visto entrar se me quedó mirando. Esperó a que me sentara en un taburete medio cojo y me dijo:

—Sabía que volvería y le voy a dar un consejo: No arme barullo ni la menor bronca si no pretende que alguien le levante la tapa del cajón de las ideas. Si lo desea, luego hablaremos, pero ahora será mejor que invite a una de esas muchachas o se tome algo para la salud.

Mis dientes chirriaban debido al coraje que sentía.

—Deme uno de sus infernales *whiskies* —mascullé con rabia.

Antes de que me lo sirviera se sentó a mi lado la mozcorra que la noche anterior me había pedido un cigarrillo.

—¡Hola! —pronunció con voz estudiada y una sonrisita en los labios—. ¿Has vuelto para invitarme?

No pocos esfuerzos tuve que hacer para no mandarla al infierno, pero pude frenar mis impulsos a tiempo al pensar que tal vez conocía a Emil y que alguna cosa podía saber.

Luego de mirarla unos instantes le dije a Philipp que me estaba sirviendo:

—Ponga otro *whisky* para ella.

El tabernero sonrió con malicia.

—¿Un *whisky* para ésta? —dijo mirándola—, creo que no le gusta. Supongo —añadió— que quieres una botella de leche como

siempre, ¿verdad?

La joven afirmó.

—Lo que yo decía —comentó Philipp— ¡una botella de leche! En cinco días que recala en mi acreditado establecimiento no ha bebido otra cosa. Por eso mis clientes se burlan de ti y no te hacen caso. A este paso poco vas a sacar de provecho. Los que vienen a mi casa no se andan por las ramas y les gusta…

—¿No será mejor que sirva la botella de leche y deje de hacer comentarios estúpidos? —corté de mal talante a pesar de todos los esfuerzos que hacía para no perder la serenidad.

Sin dejar la risa burlona que dibujaba en sus labios desde que me vio, amparado por la pandilla de desalmados, borrachos y criminales que llenaban su tabernucha, Philipp sirvió a la chica.

—¡Buen provecho, Lucy! —remató riendo como si tuviera hipo.

La joven permaneció impasible, y sin prisas, lentamente, se llevó el vaso a los labios para beber. Su ademán era reposado y seguro, casi señorial.

Durante unos instantes estuve mirándola con atención. Luego sin poderlo remediar observé a otras mujeres que revoloteaban por el local. Lucy, sin lugar a dudas, tenía un aspecto muy diferente a las otras y de no estar donde estaba nadie hubiera dicho que… Mi pensamiento se detuvo. Philipp acababa de burlarse de ella porque los clientes no la hacían caso, no probaba el alcohol y sólo hacía cinco días que frecuentaba la taberna. ¿No era todo esto un poco sospechoso?

Al terminar de beber Lucy se secó los labios con un fino pañuelo.

—Gracias por la invitación —dijo sonriendo.

—No tiene importancia —aduje sin saber exactamente qué Camino tomar.

Ella me lo señaló:

—Esto me obliga a permanecer a tu lado un ratito. Así que si quieres contarme algún chiste puedes hacerlo. Te escucharé complacida.

Tal vez iba a meterme en la boca del lobo, pero tomé una determinación.

—¿Voy a desilusionarte si te digo que no sé contar chistes? —dije mirándola a los ojos.

—¡Oh, qué pena!

—Pero sé alguna historia de crímenes muy interesante. ¿Te apetece?

—En el «Pickwick's» eso es una cosa corriente y por lo tanto no tiene demasiado interés, pero no quiero ocultarte que me gusta.

—De acuerdo, Lucy, eres muy amable —correspondí, y lanzando ya en la idea dije—: pero esas historias no se comprenden bien con tanto barullo como hay aquí.

—Si te parece —propuso ella— podemos pasar adentro a uno de los departamentos privados.

Eso es lo que quería.

—De acuerdo.

—Tendremos que tomar alguna cosa —señaló en voz baja.

—¿Una botella de leche?

Asintió con varios movimientos de cabeza.

—¡Eh!, Philipp —ordené—, tráigase allí dentro dos botellas de leche.

—¿Tienen miedo a emborracharse? —comentó zumbón el dueño de la tasca.

No le hice caso y seguí a Lucy que se había metido por un sombrío pasadizo.

Sin dejar de caminar dijo:

—¿Por qué ha pedido leche?

Si no había entendido mal, Lucy había dejado de tutearme, pero como no estaba muy seguro repuse:

—He pedido leche para que me sirva de contraveneno por el *whisky* que me he tomado antes.

Oí su risa y luego su voz que decía al tiempo que me señalaba una especie de saloncito:

—Aquí estaremos bien.

CAPÍTULO VIII

Cuando estuvimos en el interior de la estancia, Lucy me señaló un diván que en cuanto a estado y suciedad hacía juego con la casa, y dijo:

—Siéntese, por favor.

Me la quedé mirando mientras ella a su vez tomaba asiento en una silla que había al otro lado de la mesa.

—¿Por qué ha dejado de tutearme?

—Porque yo no soy lo que usted cree.

—Entonces, ¿qué motivos tiene para haber aceptado la invitación?

—Porque deseo hablar con usted, pero ahora será mejor que disimulemos mientras Philipp nos trae la leche.

La actitud de Lucy era simplemente sorprendente, pero me pareció que no tenía que dudar de ella. ¿Podría decirme algo sobre Emil?

Se levantó y se sentó a mi lado.

—De momento —dijo— será mejor así para despistar a Philipp.

Moví la cabeza en señal de asentimiento al comprender que la muchacha tenía razón y que demostraba un talento y una serenidad dignas de tener en cuenta.

Apareció Philipp con los dos vasos de leche que dejó en la mesa.

—¿Cuánto le debo? —le pregunté para no tener que hablar de nuevo con él más tarde.

Me dijo el precio, tiré una moneda en la mesa y mientras me devolvía el cambio, Lucy se llevó uno de los vasos a los labios.

Así que Philipp hubo desaparecido, la joven indicó:

—Será mejor que cierre la puerta.

Me levanté no solamente para complacerla sino porque también

a mí me pareció mejor y volví a la mesa.

Ella se había cambiado de nuevo de sitio y ocupaba la silla de antes.

A pesar de la impaciencia que sentía, estuvimos un buen rato callados. Bebí un poco de leche y por fin pregunté:

—¿Qué quiere decirme?

—Usted era amigo de Emil, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe? —inquirí mirándola con fijeza.

—Ya le he dicho que yo no soy lo que usted cree, y si estoy aquí es precisamente porque estaba convencida que usted vendría.

—Pero, según ha dicho Philipp, usted ya venía aquí antes de que a Emil le sucediera nada.

Lucy sonrió de extraña manera.

—Sí, es cierto y no debe extrañarse de ello. Emil me lo había pedido.

—¿Qué Emil se lo había pedido? ¿Por qué?

—No se precipite —dijo con calma luego de beber otro sorbo de leche— y escúcheme con atención.

Antes de que prosiguiera, se me quedó mirando al observar que me llevaba las manos a la cabeza.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—No, nada —dije mintiendo descaradamente porque lo cierto es que de repente me entró un raro malestar, un sueño invencible, un sopor insoportable.

Ella dijo algunas palabras más que en mis oídos retumbaron primero como truenos y luego como un eco lejano que se iba desvaneciendo cada vez más.

El rostro de Lucy desapareció de mis ojos que por unos instantes sólo vieron como unos destellos rojizos. Me derrumbé y todo quedó en tinieblas.

Cuando la luz se hizo de nuevo en mis ojos vi que me encontraba en una habitación totalmente desconocida para mí y totalmente solo.

Me sacudí la cabeza como si pretendiese que con este movimiento desapareciera el peso que aún sentía y me vino a la memoria todo cuanto había ocurrido.

Traté de levantarme y sólo logré permanecer sentado en el borde de la cama unos momentos. Comprendí que de momento no me

sería posible mantenerme en pie y me dejé caer de nuevo en el lecho.

¿Estaría en la casa de Lucy?

Miré a mí alrededor y todo cuanto vi me hizo comprender que mi idea era equivocada. No era posible que la enigmática muchacha viviera en un cuchitril como aquél.

—¿Y por qué no? —me dije a los pocos momentos.

Estaba convencido que el asqueroso Philipp me había puesto un soporífero en la leche. ¿No se lo puso también a Lucy? En este caso, no era lógico que me encontrase en su casa. Mi cabeza daba vueltas sin atinar a dar con la solución.

Cerré los ojos pensando que al descansar un rato más me encontraría en condiciones de averiguar exactamente qué es lo que había ocurrido.

No puedo decir cuánto tiempo estuve echado cuando la puerta se abrió para dar paso a la persona que menos esperaba.

Philipp era el individuo que penetró en el cuarto.

—¿Qué significa esto? —pregunté incorporándome.

—¿No sería mejor que le preguntase yo? —masculló el dueño del cuchitril mirándome con odio.

—¿Puede decirme por lo menos dónde me encuentro?

—Sí, está usted en mi casa.

La revelación del tabernero me hizo fruncir el ceño.

—¿Por qué me retiene usted? ¿Qué quiere de mí?

Philipp hizo una mueca en la que se revelaba el desprecio.

—Sólo pretendo —dijo de mal talante— que se largue usted y que no aparezca más por mi casa.

—¿Y para conseguir eso, me puso usted un narcótico en la leche? —vociferé.

Philipp se me acercó con ojos llameantes.

—Es usted un estúpido —masculló.

Traté de ponerme en pie pero el tabernero me dio un empujón sin contemplaciones, obligándome a sentarme de nuevo en la cama.

—Escuche, cabezota —gritó Philipp—. Si lo he retenido en mi casa es para evitarme complicaciones con la policía, ¿comprende? No me gusta tener tratos con esta gente. La clientela se dispersa y esto me perjudica.

Las palabras de Philipp me dejaron anonadado.

El, como si adivinara mi pensamiento prosiguió:

—Yo no le he puesto ningún narcótico en la leche. Esto habrá sido cosa de Lucy.

—¡Miente! Ella no ha podido hacerlo puesto que no la he perdido de vista.

—Piénselo bien.

Iba a protestar de nuevo, cuando me vino a la memoria que me había levantado para cerrar la puerta del departamento. En aquel momento, yo le di la espalda cuando ella había bebido ya un poco de leche de uno de los vasos. Sí, era evidente que había tenido tiempo suficiente para envenenar la leche. Pero ¿por qué lo hacía?

Philipp sonrió con sarcasmo al comprender que yo estaba dudando.

—¿Está seguro ahora? —preguntó.

—¿Dónde está ella? —inquirí a mi vez.

—Le contaré lo que sucedió para que me deje en paz de una vez; para que no me moleste más y se vaya a armar barullo a otra parte.

Me resigné a pesar de que aquel pillo no me merecía la menor consideración.

—Cuando hacía más de un cuarto de hora que habían entrado en el departamento privado, Lucy salió y al pasar por delante del mostrador me dijo simplemente adiós. Yo, al ver que iba sola, le pregunté por usted y me dijo sonriendo con picardía que se había dormido. Pensé que era una broma y la dejé marchar, pero luego, al ver que usted no aparecía, fui al departamento y lo encontré tendido en el diván. Creí que en verdad estaba dormido y lo zarandeé para que despertase y se largase. Verá, otros clientes podían necesitar el departamento. Pero usted no despertó y entonces me di cuenta de que estaba bajo los efectos de un narcótico. Ahora ya lo sabe todo y puede creer lo que le de la gana.

Durante unos momentos estuve meditando.

—¿Dónde vive ella?

—A mí qué me cuenta. ¿Cree que voy a saber dónde viven todos los que recalan en el
«Pickwick's»?
Bastante he hecho en socorrerle. De manera que si se encuentra en condiciones ya puede largarse y no olvide lo que le he dicho antes: no quiero que vuelva usted por aquí.

Después de dichas estas palabras, Philipp salió de la habitación dando un tremendo portazo.

Todo lo que me había dicho era verosímil, pero ¿podía dar crédito a aquel bandido?

Instintivamente me llevé las manos a los bolsillos por si había sido víctima de algún expolio.

No, no me habían robado ni el dinero, ni la documentación, ni las llaves, ni ningún efecto de uso personal. Lo único que eché en falta fue mi carnet de notas y otros papeles que aparentemente no tenían ningún valor a no ser que el intrínseco relacionado con el asesinato de Emil Rusck, lo cual decía a las claras que la persona que me había quitado aquellos papeles estaba interesada como lo estaba yo, en el mismo asunto.

La imagen de Lucy se me apareció clara y rutilante. ¿Era posible que aquella chica que había procedido de tal forma tuviera algo que ver en todo aquello?

Philipp me había dicho que la joven se había marchado del establecimiento y que ignoraba dónde vivía.

De ser ella la causante del percance sufrido, era seguro que no aparecería más en el «Pickwick's» y en consecuencia me sería difícil dar con ella.

Pero no podía dejar las cosas como estaban y encogerme de hombros. El asunto estaba un poco embrollado y más que nunca deseaba esclarecerlo aun a sabiendas de que todo aquello era un tanto peligroso.

Sujetando mis nervios de la mejor manera que pude, salí del «Pickwick's» bajo la atenta mirada de la mayoría de los que se hallaban en el sucio local y viendo como Philipp esbozaba en sus labios una mueca de burla y sarcasmo.

A pesar del furor que sentía, seguí hacia la puerta pensando que si tenía que ajustar las cuentas a aquel bandido tiempo me quedaría para aplastarle la nariz y romperle los dientes.

Tomé un taxi y me fui a mi despacho.

Como de costumbre, antes de entrar, miré el buzón por si había alguna carta.

Sí, Había varias. Todas estaban con remitente y eran de personas

conocidas. Sólo una me llamó la atención y la abrí antes que las otras.

Era una nota escrita a mano con letras mayúsculas y sobre un papel muy corriente.

Decía:

> «Lo de Emil Rusck fue un accidente y por lo tanto será mucho mejor para usted que deje de preocuparse de este asunto. De lo contrario no es fácil que pueda escribir personalmente un artículo sobre el desenlace del mismo».

Aquello era una clara amenaza de muerte y aunque nada decía de Nick Brasley, sabía que una cosa estaba totalmente relacionada con la otra.

Las letras bailotearon ante mis ojos y no precisa mente de miedo sino de coraje porque entonces estaba más seguro que nunca que ambas muertes habían sido asquerosos asesinatos. A Emil lo habían eliminado porque, tal como me dijo por teléfono, había descubierto el primer crimen y a mí me amenazaban para que no prosiguiera en mis investigaciones. Pero a pesar de ello me hice el propósito de continuarlas aún a sabiendas de que me estaba jugando peligrosamente el pellejo.

CAPÍTULO IX

No quiero negar que a pesar de encontrarme bastante bien notaba aún los efectos del narcótico que me había tenido más de dos horas inconsciente. No había comido pero no sentía el menor apetito. Tenía tiempo de ir a ver a Morgan, el mecánico de automóviles sospechoso, cuya dirección recordaba perfectamente, pero dude en hacerlo y opté por llamar por teléfono al teniente Tropp al que expliqué lo que me había ocurrido.

Primero se burló un poco de mí echándome en cara mí modo de proceder de antes, pero al fin se puso serio y acabó por decirme:

—Será mejor que no salgas de casa. Mañana nos veremos en el entierro de Emil.

—¿Es que vas a ir?

—Sí, Fred. Iré para verte y entregarte algo que precisas. Ya te dije que a pesar de todo, te ayudaría y creo que necesitas una pistola y licencia para su uso. Mañana tendrás ambas cosas.

—Gracias, Tropp —dije de la mejor manera que pude— pero si no quieres molestarte iré a tu despacho a recoger eso.

—Será mejor que no te acerques a la comisaría. Mañana, de casualidad, nos veremos en el entierro de Emil y disimuladamente te entregaré la licencia. El arma te la mandaré a tu casa por un recadero.

De nuevo le di las gracias y colgué el microauricular.

Mejor me hubiera gustado no tener que agradecerle nada a Tropp, pero tuve que rendirme a la evidencia ya que en aquel momento me estaba prestando un señalado servicio.

Me senté frente a la mesa de trabajo, y me puse a anotar los nombres y las direcciones que me habían quitado, algunas de cuyas personas había visitado con Esther aquella misma mañana.

Al pensar en ella sonreí y al creer que podría ayudarme un poco por si yo no estaba seguro de un nombre o de una dirección descolgué el teléfono para llamarla. Era preciso hacerlo para que viera que me acordaba de ella y se confiara plenamente.

Por el timbre de su voz me pareció que estaba un poco preocupada.

—Pensé que me llamarías a la tienda —dijo.

—Lo siento, Esther, pero perdí el número como perdí también los nombres y direcciones de aquellas personas que seleccionamos juntos. Ahora estoy anotándolas de nuevo y me gustaría que me dijeras si he sufrido algún error.

Esther se dispuso a ayudarme, pero invitándome a que fuera a verla para hablar personalmente de todo aquello.

Recordando el consejo del teniente, pensé que tal vez era mejor no acercarme a la casa de Esther que era tanto como ir al despacho de Emil.

Así se lo dije a Esther a lo que ella contestó decidida:

—En ese caso, si no te importa, iré ahora mismo a tu despacho.

Le había dicho que necesitaba estar seguro de las direcciones con urgencia y no pude negarme.

—Bien, Esther. Te espero.

Media hora más tarde nos hallábamos reunidos.

El problema fue resuelto en muy pocos minutos. Entre los dos reconstruimos el pequeño fichero sin el menor falló.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó la joven.

En realidad no supe qué contestarle. De momento había seguido el consejo de Tropp permaneciendo en mi casa, pero mi carácter no era para quedarme allí como si fuera una fiera enjaulada. Así que decidí no quedarme quieto. Tal vez la presencia de Esther y su compañía me animó un poco. Yendo con ella me pareció que nada iba a ocurrirme.

—Iremos a ver a Morgan, el mecánico de automóviles.

Tenía metido entre ceja y ceja este nombre y mucho más desde que descubrí que Topson, el testigo de la muerte de Emil, vivía en la misma calle.

Tomamos un taxi a pesar de no estar muy seguro de la lealtad de Esther, aunque por otra parte me convenía su compañía, para no llamar tanto la atención.

Un semáforo nos detuvo y mientras esperábamos tener paso de nuevo, mi compañera de viaje me dijo, señalando a un coche que también esperaba, que se hallaba a su derecha.

—Mira, si no recuerdo mal, esa mujer es la Froïndel, la dueña de la cafetería.

En efecto, la viajera del otro coche era la mujer indicada. Pero no iba sola, a su lado había otra mujer muy bien vestida, elegante y guapa que llegaría escasamente a los cuarenta años. El coche era particular y en el volante iba un hombre totalmente desconocido para mí.

Tuve una corazonada y después de indicar a Esther que procurase esconder la cara para no ser reconocida, cosa que yo también hice, le ordené al chofer que siguiera al coche en cuestión.

Poco después íbamos detrás del automóvil con bastante satisfacción por mi parte porque estaba seguro que la dueña de la cafetería no se había dado cuenta de nuestra presencia. Además no era fácil que descubriesen que Íbamos detrás de ellos porque a aquella hora eran muchos los vehículos que seguían uno detrás del otro. Lo más sorprendente es que el coche de la Froïndel seguía el mismo camino que yo le había indicado al chofer.

Aquello que de momento me pareció una casualidad, me hizo cambiar de opinión cuando el coche que perseguíamos dobló hacia la derecha para enfocar la calle Baltimore.

Fruncí el ceño y noté que Esther me miraba con ojos de asombro.

—Creo que la suerte —le dije— nos lleva a algo muy interesante —me adelanté para que el chofer pudiera oírme y le dije—: No deje de perseguir a ese automóvil pero aminore la marcha para quedarnos un poco rezagados sin perderlo de vista.

El taxista asintió sonriendo pensando seguramente que la persecución se debía a algo muy distinto a la realidad.

Varios coches nos adelantaron.

Momentos después, el que perseguíamos se detuvo y nada menos que frente al número 73, es decir, ante el taller de reparaciones de Arthur Morgan.

—No se detenga —le dije al conductor— hasta unos cincuenta metros después de esta casa.

Pagué la carrera y nos apeamos.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Esther mirando como el conductor del automóvil perseguido y las dos mujeres entraban en el taller de Morgan.

Me quedé unos momentos pensativo. En realidad no estaba muy seguro de que me conviniera presentarme en aquella casa. ¡Era todo tan sorprendente! Pero dispuesto a seguir adelante, cogí a Esther por la mano y le dije:

—Vamos, cuando estemos en el baile ya veremos el son que tocan y algo se me ocurrirá para justificar nuestra presencia allí.

De pronto, Esther hizo un movimiento brusco y se puso delante de mí al momento de gritar:

—¡Cuidado!

Al instante sonó un disparo y la joven lanzó un grito de dolor. Luego se tambaleó y tuve el tiempo justo de recogerla en mis brazos para que no cayera.

Cualquier cosa hubiera pensado en aquel momento menos en un atentado que iba dirigido sin la menor duda contra mí.

Los transeúntes, después de los primeros instantes de estupor, se acercaron a mí.

El hecho había tenido lugar a muy pocos pasos de la tienda de Morgan de la que salieron las tres personas que momentos antes habían entrado acompañadas de un joven con el clásico mono de mecánico.

La Froïndel me reconoció enseguida como reconoció también a Esther.

Fue ella la que dijo:

—Vamos, Morgan, hay que llevar a esta muchacha a un dispensario.

Mi cabeza parecía un volcán. El tal Morgan era el mismo que había conducido el automóvil que habíamos perseguido.

Eran demasiadas cosas en pocos momentos para que pudiera verlas todas con claridad. No me avergüenzo de decir que en aquellos momentos perdí la serenidad y me dejé llevar por los consejos ajenos.

Morgan, al que pensaba hacer tantas preguntas, me ayudó a colocar a Esther que seguramente estaba gravemente herida, en el coche que poco antes había detenido él mismo frente a su casa.

Iba a ponerlo en marcha cuando un coche de la policía hizo su

aparición.

Del mismo se apeó el sargento Burton.

Se hizo inmediatamente cargo de la situación y mirándome con cierta ironía, exclamó:

—¿Es que no vas a salir de líos, Fred?

—¡Déjame en paz! —vociferé—, y no perdamos tiempo: Esta chica se está desangrando.

El coche patrulla se puso en marcha abriéndose paso.

El viaje fue corto, pero durante el mismo tuve tiempo suficiente para reflexionar reviviendo la escena del atentado.

No me cupo la menor duda de que el disparo había sido hecho desde un automóvil y que la bala iba dirigida a mí.

Esther se había dado cuenta y me había protegido con su cuerpo. Entonces no podía dudar de su fidelidad. De otra manera no hubiera expuesto su vida para salvar la mía.

Llegamos al dispensario y sin pérdida de tiempo, la joven fue atendida como era debido.

Yo esperé impaciente deseando que los médicos terminaran con ella con la esperanza de poderla hacer muchas preguntas. Si había podido avisarme, es que algo había visto, y ese algo tendría que ser sumamente interesante.

Salió uno de los doctores de la sala de curas y corrí hacia él.

—¿Es grave?

—Sí, un poco, pero no tema, se salvará.

Lancé un suspiro de satisfacción.

—Gracias, doctor, por esas palabras de aliento. Créame que hace mucha falta hablar con ella.

—De momento, no podrá hacerlo. La chica necesitará varios días de reposo absoluto.

¿Varios días? Esas palabras me parecieron una incoherencia. Yo no podía esperar varios días para saber lo que Esther había visto.

Burton, que había permanecido allí, tratando de hacer el primer informe policial, se me acercó con su risita que a mí me pareció más cínica que nunca.

—Será preciso que te recuerde que con tu impetuosidad no se va a ninguna parte.

Lo mandé a paseo.

Burton me cogió por el brazo con su garra de hierro y

mirándome fijamente, espetó:

—Continúas siendo el estúpido de siempre. Si no te reportas te llevaré conmigo.

—Está bien, Burton, pero comprende que tengo mucha prisa en aclarar todo eso.

El sargento sonrió de nuevo y añadió:

—Lo que haces con tu proceder es complicar las cosas. Ya ves lo que ha sucedido ahora por tu culpa. Lamento que el balazo lo haya recibido esta muchacha. Si el herido fueras tú, puedes estar seguro que me alegraría.

CAPÍTULO X

Media hora más tarde, me fue confirmada, podríamos decir que de manera oficial, la noticia de que Esther tendría que permanecer tres o cuatro días en absoluto reposo para poder recuperarse. Por lo tanto tenía que ser llevada a un hospital. La herida era bastante grave y la privaría durante el tiempo indicado de hablar ya que de otra manera los médicos no respondían de su vida. Además, aunque lo autorizasen, no creían que pudiera hacerlo.

Por más que me doliera tuve que rendirme a la evidencia. No me quedaba otra solución que aceptar los hechos como se presentaban y esperar. No obstante pensé que tal como se habían desarrollado los acontecimientos, tenía camino bastante libre para ir a hablar con Morgan y la señora Froïndel.

Burton había llamado a la comisaría para informar a Tropp y éste tal vez por estar yo metido en el asunto, se presentó en el dispensario cuando ya había sido avisada una ambulancia para llevar a Esther al hospital.

El teniente escuchó con atención cuanto le dije y tomó algunas notas sin hacer demasiados comentarios.

—Ya ves —dijo— como hice bien en ofrecerte una licencia para que pudieras utilizar arma. Me temo que te hará falta para defenderte.

Seguidamente y después de observar que nadie nos estaba mirando, me entregó ambas cosas.

—Toma, pero ten cabeza y utilízala solamente si te es imprescindible. De otra manera podría perjudicarte y me vería obligado a obrar contra ti.

—Gracias, Tropp —contesté embolsándome el documento y la pistola.

Se nos acercó un médico, que después de saludar al teniente, me dijo:

—Según parece es usted pariente de la víctima, ¿no es cierto?

—No lo soy —expliqué— pero es como si lo fuera. ¿Por qué me lo pregunta?

—Simplemente —añadió el doctor— por si quería llevar a la paciente a una clínica determinada. Nosotros hemos cumplido con nuestra misión y ahora depende de usted el resto.

De momento no supe qué contestar. Tropp me miró y dijo:

—Creo que tal como andan las cosas, sería mejor que Esther estuviera lo más recogida posible. Si tienes algún médico amigo, te aconsejo que la lleves a su clínica.

Tuve que confesar que los que conocía no eran propiamente amigos y le pedí que me aconsejara él.

—Te sugiero que la lleves a la clínica del doctor Krass. Ya lo conoces y es un hombre que, como viste, tiene relación con nosotros. Allí estará bien atendida en todos los conceptos.

La sugerencia de Tropp me pareció bien. Asentí y poco después Esther, en la ambulancia, era llevada a la clínica en cuestión.

Me permitieron acompañaría y el mismo Tropp vino conmigo.

El doctor Krass nos recibid con su peculiar amabilidad.

—Haremos todo lo posible por ella —dijo.

—¿Podré quedarme? —pregunté.

El médico antes de contestar miró al policía.

Fue éste quien contestó.

—No es conveniente, Fred. Ya sabes lo que nos han dicho los médicos del dispensario. La muchacha tiene que descansar tres o cuatro días.

—De todas formas —intervino Krass— puede llamar o pasar tantas veces como quiera y le informaremos como es debido. Incluso si me da su número de teléfono, yo me ocuparé de tenerle al corriente de todo. En cuanto esté en condiciones de hablar, puede estar seguro que le permitiremos verla. Mientras tanto, tenga paciencia porque es en bien de la muchacha.

Una vez más tuve que conformarme por muy impaciente que estuviera y por mucho que me doliera tener que esperar. Se lo dije a Tropp que sonriendo me contestó:

—Como comprenderás, también yo tengo mucho interés, en

hablar con Esther. Su declaración puede ser muy importante.

No tuve otro remedio que agradecer a Krass el interés que se tomaba y despedirme de él.

Tropp me acompañó hasta la calle y me invitó a subir a su coche.

—Si quieres, puedo llevarte al periódico.

—No, Tropp, prefiero hacer otras gestiones.

El teniente era lo suficiente listo para comprender que no iba a decirle lo que pensaba realizar. Meneó ligeramente la cabeza y posando su diestra en mi hombro dijo:

—Ya sé que nada va a detenerte, pero una, vez más debes permitirme que te diga que tengas cuidado. Sí, Fredd, ten mucho cuidado porque ya ves que las cosas se han puesto un poco feas.

Tuve que agradecerle de nuevo el consejo, subí al coche y pocos minutos más tarde me encontraba a poca distancia del taller de reparaciones de Arthur Morgan.

No le dije a Tropp que pensaba ir allí pero creo que el teniente había averiguado muchas cosas y que conocía mis movimientos. Por lo menos así me lo hizo suponer la forma irónica con que me despidió.

A pesar de todo no me detuve y me fui derecho al taller de reparaciones de automóviles.

Llegué justo en el momento en que Elisabeth Froïndel acompañada de la otra mujer, que había visto en el automóvil, salía de la casa de Morgan. Éste las acompañaba.

Al verme, se detuvieron.

El, mismo mecánico se dirigió a mí para preguntarme:

—¿Cómo está la chica?

—Se salvará —afirmé un poco cohibido ante el interés que parecieron demostrar aquellas tres personas.

—Mucho me alegro —dijo la Froïndel.

También la otra dama me hizo varias preguntas a las que contesté con toda precaución porque no me fiaba demasiado de ninguna de aquellas tres personas.

—Ya sabe —añadió la dueña de la cafetería— dónde está mi casa. Si algo puedo hacer por usted no deje de visitarme.

A cada momento me parecía más inverosímil todo aquello.

Las dos mujeres se metieron en el coche y desaparecieron. En el

volante iba la desconocida para mí, y que, por su forma de vestir, mirar y moverse, no me pareció precisamente una dama de la alta sociedad.

Sin que Morgan me lo dijera y sin pedirle permiso, me metí en el taller detrás de él una vez hubo despedido con una sonrisa y un alegre ademán a las dos mujeres.

—Creo —empecé diciendo— que mi deber era venir a darle las gracias por haberme ayudado.

—¡Bah! Eso no tiene importancia. Lo interesante es que la señorita que iba con usted se salve.

Morgan había dicho con suma facilidad «señorita».

¿Es que no podría ser mi esposa?

Al instante vi que yo mismo estaba liando la madeja y por un momento pensé en que Burton me había llamado estúpido.

En aquel instante pensé que el sargento tenía razón.

Además, el mismo Morgan me sacó de dudas al decirme que la Froïndel le había indicado que me conocía por haber estado en su cafetería con la muchacha herida que era «mi novia».

Lo más hábilmente que pude, y cogiéndome a sus mismas explicaciones, traté de averiguar las relaciones que Morgan tenía con la dueña del bar y la dama que la acompañaba de la que me interesaba saber su nombre.

El mecánico no puso el menor reparo en contestar a todas mis preguntas, y lo hizo con tanta sencillez que incluso me pareció sospechoso, porque una de las cosas que me dijo tenía que sorprenderme forzosamente y llenarme de asombro. La dama que acompañaba a la Froïndel era nada menos que Martha Lieman, la viuda cuyo nombre y dirección tenía anotados por ser una de las personas sospechosas de la lista que me procuré de las notas y tarjetas del desgraciado Emil.

La Froïndel al habar de mí le había dicho que era periodista y que conocía al difunto Emil Rusck.

Esto me favoreció bastante porque así pude hablar con más tranquilidad con Morgan, tratando como es lógico de arrancarle alguna revelación que pudiera darme una pista.

He de confesar que no lo conseguí, y que en varias ocasiones me di a los diablos al ver que no sacaba nada en claro de la conversación. O Morgan era una bellísima persona y se explicaba

con toda sinceridad o era un redomado pillete de siete suelas que conseguía hacerme bailar la cabeza y llevarme al más tremendo despiste.

Porque creyendo sus explicaciones, todo era más claro que la luz del día. La Froïndel tenía una cafetería en la que como ella misma había dicho, se concertaban algunas entrevistas y la viuda Lieman era una de sus clientes. Ésta tenía un coche y él era simplemente su mecánico. En realidad todo muy sencillo, normal y lógico, porque sabiendo además las relaciones que Emil tenía con la dueña de la cafetería, todo resultaba simplemente normal.

Lo único que pensé, es qué motivos podía tener Emil para tener la dirección de Morgan en lugar destacado. Pero esto tenía que aclarármelo media hora más tarde la misma Froïndel al revelarme que Emil había intervenido en un asunto de faldas en el que Morgan se vio liado. La viuda Lieman, cliente del mecánico, se había interesado por él solicitando la intervención del desaparecido Emil por mediación de la dueña de la cafetería.

Cuando regresé a mi casa me parecía que en el interior de mi cabeza tenía los siete enanitos del bosque partiendo leña contra mi cerebro.

Por si esto fuera poco, me encontré con otra nota amenazadora como la que había recibido.

> «Lamento haber fallado y que la bala dirigida a usted haya hecho una víctima inocente. La próxima vez no escapará tan fácilmente si continúa en su testarudez de meterse en las cosas que no le importan. Por si lo ha olvidado, le repetiré que lo de Emil Rusck fue un accidente y no un crimen. Se lo digo por su propio bien. Ahora usted sabrá más que nadie lo que le conviene hacer».

Mis ojos se nublaron debido a la ira que sentía. ¿Es que los asesinos iban a salirse con la suya? Maldije una y mil veces no sé cuántas cosas, di un terrible puñetazo contra la mesa como si el mueble tuviera la culpa de algo, leí una vez más la canallesca amenaza y con los puños cerrados, poco me faltó para que no

llorase de coraje.

En aquel momento me pareció que la policía era una cosa totalmente inútil y de buena gana hubiera deseado que entrasen Tropp o Burton para decirles cuatro asquerosidades porque a mi entender se tomaban las cosas con una calma exasperante, como si la vida de las demás personas les importara un comino.

CAPÍTULO XI

Durante largo rato estuve meditando y haciendo memoria para revivir iodos los acontecimientos que se habían producido desde el momento en que Emil me llamó por teléfono para citarme en «Pickwick's»
y ante mis ojos desfilaron todos los personajes que se habían cruzado en mi camino en un espacio de tiempo tan relativamente corto.

Cuanto más lo pensaba más embrollado me parecía todo. De una cosa estaba seguro, y es que Marc Topson, el testigo del supuesto accidente que costó la vida a Emil, era un bandido que había hecho una declaración falsa para favorecer los planes del asesino o asesinos. Tampoco podía olvidar a Lucy. Me parecía que de localizar a ambos personajes podría sacar interesantes conclusiones.

En lo que se refiere a la muchacha estaba convencido, si es que el truhan de Philipp no había mentido, que me sería muy difícil localizarla. Si ella me había puesto el narcótico no aparecería por el tabernucho, y si no había sido ella, bien se cuidaría el canalla de su dueño de que no estuviera ni un instante allí aunque para ello tuviera que secuestrarla.

Por lo tanto, de momento, me quedaba un camino a seguir. Tal vez el más peligroso, pero tal vez también el más interesante: entrevistarme con Topson aunque tuviera que liquidar a cuantos se opusieran a mi paso para llegar hasta él.

Eché una ojeada al reloj y me levanté de un salto. Tenía tiempo, antes de acostarme, de hacerle una visita al repugnante hombrecillo.

Iba a salir disparado hacia la puerta, cuando sentí un ligero malestar, un vahído que me obligó a cerrar los ojos y a apoyarme

en el respaldo de una silla.

Entonces me acordé que desde la mañana no había comido nada. Incluso sonreí pensando que el estómago no está sujeto a las preocupaciones que un hombre puede tener y que me pedía a gritos alimento.

Sí, era evidente que necesitaba comer algo para rehacer un poco mis fuerzas.

Para animarme me tomé una copa de *whisky* que me pareció más fuerte que de costumbre y dejé la habitación dispuesto a comer aunque fuera un solo bocadillo para luego irme derecho a la casa de Topson.

Acaricié la pistola, que me había colocado en el bolsillo más accesible a mi mano derecha, y salí a la calle.

No quise desaprovechar la ocasión del paso de un taxi libre y lo tomé.

—Vaya en dirección a la calle Baltimore y deténgase por allí cerca donde haya un restaurante o un bar donde poder comer un poco.

—Sí, señor —asintió el chófer.

No pasaron demasiados minutos y el coche se detuvo.

Miré por la ventanilla y descubrí un bar-restaurante de segunda o tercera categoría.

—¿Le parece bien aquí? —inquirió el conductor.

Le dije que sí porque me informó seguidamente que nos hallábamos en la esquina de la calle Baltimore, pagué la carrera y entré en el establecimiento.

Después de haber estado varias veces en el
«Pickwick's»
aquel local, sin ser lujoso ni mucho menos, me pareció excelente.

Me senté a una mesa y pedí un filete con patatas fritas. No podía perder tiempo y empecé a comer con bastante prisa. De no haber sido muy necesario para mi organismo aquel hecho, lo hubiera pasado por alto porque la impaciencia que sentía me ahogaba.

En pocos minutos, di cuenta de la ración y me dispuse a beber la cerveza que me quedaba en el vaso.

Al levantar el recipiente y en consecuencia un poco la cabeza, mis ojos se clavaron en una persona que se hallaba en otra mesa completamente de espaldas a mí.

Sentí una extraña sensación. Aquella figura no me era desconocida y me la quedé mirando unos breves instantes con el vaso de la cerveza en la mano.

Se volvió un poco y reconocí al instante quién era.

—¡Por todos los demonios del infierno! —mascullé—, que esta vez no puedo quejarme de la suerte.

La persona en cuestión era nada menos que Marc Topson. Y por lo menos en la mesa en la que estaba comiendo, se hallaba totalmente solo.

Lancé un suspiro de satisfacción. Era mucho mejor hablarle a aquel hombre allí que en su misma guarida.

Me acerqué y sin decir nada me senté frente a él.

Topson me miró y se le escapó el tenedor de la mano.

—¡Vaya! —dije zumbón—, parece que mi presencia le ha producido efecto.

El hombrecillo sonrió y repuso:

—La verdad es que me ha sorprendido. La otra noche parecía usted un poco desequilibrado. ¿Se acuerda que incluso intentó pegarle al policía?

—Sí, y lamento no haberle roto a usted la crisma.

Topson palideció, pero se rehízo al momento.

—¿Por qué dice usted esto? ¿Qué tiene contra mí?

Yo me limité a decir lo que había visto que es lo mismo que firmé a la policía. El teniente, Tropp creo que se llama, podrá informarle si quiere. Yo no puedo decirle más y será mejor que me deje en paz. Bastante me han mareado porque tuve la desdicha de presenciar el accidente.

De buena gana le hubiera hecho tragar de un solo golpe el par de huevos fritos que se estaba comiendo, pero supe contenerme a tiempo y pensé que tal vez sacaría más partido si me mostraba amable. El hombrecillo era sin lugar a dudas un canalla y tenía que ganarlo con un poco de diplomacia. Por eso levanté la cabeza y dejé escapar una sonora risa.

—¡Sosiéguese, hombre, sosiéguese! —exclamé sin dejar de sonreír y poniendo la cara más amable que supe—. Tiene que hacerse cargo que en aquellos momentos estaba, como usted ha dicho, un poco desequilibrado por la muerte de mi amigo. Lo cierto es que deseo que me disculpe por mí proceder. Ahora ya se me ha

pasado la rabieta del momento y no quisiera que tuviera un mal concepto de mí.

Antes de contestar, Topson mojó un pedacito de pan en la yema del huevo y se la comió con toda tranquilidad. Yo no dejé de sonreír a pesar de que tenía que tragar la bilis amarga que cosquilleaba mi garganta.

—Pues lo cierto —dijo Marc— es que no comprendo por qué acaba de decirme que lamentaba no haberme roto la crisma.

—Debería usted comprender el humor. ¿No se ha dado cuenta que se lo dije para ver la cara que ponía?

No creo que a Topson le convencieran mis palabras pero por lo menos conseguí charlar un rato con él. Nada nuevo supe porque el hombre se limitó a repetir lo que había dicho: Emil se hallaba junto a la cuneta de la carretera mirando los coches que iban en su misma dirección y que por lo tanto al mirar hacia atrás llegaban por su izquierda. Luego se adelantó más de la cuenta y el automóvil lo alcanzó sin remisión.

—El pobre muchacho —terminó diciendo Topson— no creyó seguramente que el coche iba a alcanzarle porque no hizo el menor movimiento. Créame que fue terrible y que mejor hubiera deseado no verlo.

Meneé la cabeza asintiendo repetidas veces y pregunté bastantes cosas más.

El hombre no fue remiso, pero lo cierto es que vi a las claras que nada más diría como no fuera amenazándolo para que cogiera miedo. Pero allí no podía hacerlo. Me hubieran tomado por loco y al mismo tiempo hubiera empeorado la situación. Así que me despedí del escuálido personaje y tomé el camino de regreso a mi casa.

Topson se me había ofrecido muy galante a ampliar cuantos datos quisiera saber, entregándome incluso una tarjeta de su casa.

Total, que cuando me acosté aquella noche, estaba más liado que nunca en la madeja de mis suposiciones a la que no veía el cabo por ninguna parte.

Lo único que me hizo un poco de bien, fue que Esther seguía el curso normal de posible recuperación que es lo que me dijo el mismo doctor Krass cuando un cuarto de hora antes le llamé a su clínica.

Le pedí si al día siguiente podría verla pero el médico me informó que era mejor no intentarlo.

—Si tanto lo desea —añadió, ante mi insistencia— le permitiré que la vea a través del cristal de la puerta. No puedo hacer más. Si le dejamos totalmente tranquila y le evitamos la más pequeña emoción, saldremos ganando todos. Sólo así conseguiremos que se recupere lo antes posible. ¿No es esto lo que desea?

—Sí, doctor.

—Entonces, hágame caso.

—Gracias por sus consejos. De tocias formas mañana, después del entierro de Emil, iré a la clínica para poderla ver aunque sea un poco de lejos.

—De acuerdo.

No veía la cara del médico, pero por el tono de su voz comprendí que había sonreído pensando que yo estaba locamente enamorado de la muchacha.

Luego, en la cama, me hice la misma pregunta y lo cierto es que empecé a pensar que de no sentir algo por Esther, no estaría tan apesadumbrado y tendría tantas ganas de verla aunque no pudiera hablar con ella.

CAPÍTULO XII

A pesar del cansancio, no conseguí conciliar totalmente el sueño. Eran demasiadas cosas las que habían sucedido para no tener los nervios desquiciados en forma tal que prácticamente no era dueño de mí mismo.

No puedo fijar con certeza el tiempo que llevaba en la cama removiéndome de un lado para otro para tratar de dormir sin conseguirlo, cuando me pareció oír un suave roce de metal. Presté atención, pero no oí nada más. Seguramente era algún vecino que al pasar por delante de mi puerta la había rozado.

Pegué de nuevo la cabeza contra la almohada y en aquel mismo instante sonó el teléfono.

¿Quién podía llamarme a aquella hora?

Como un relámpago cruzó por mi cabeza lo peor y pensé que tal vez Esther… Pero reaccionó al instante y de un salto salí de la cama. El ruido metálico y el timbre del teléfono eran cosas muy distintas, pero las relacioné como si una luz se hubiera hecho en mi cerebro y me fui hacia la puerta en donde esperé.

No me había equivocado. Alguien hurgaba en la cerradura para abrir. Pensé en la pistola, pero convencido que no tenía tiempo de volver atrás, permanecí quieto y en silencio detrás de la puerta.

Ésta se abrió lentamente. El asunto estaba sincronizado. El teléfono había sonado para que yo en caso de estar despierto, no pudiera oír la llave falsa moviéndose en la cerradura. Muy bien sabían los que de tal forma procedían que el aparato telefónico estaba al fondo de la estancia y que para cogerlo era casi forzoso que me pusiera de espaldas a la entrada.

Una sombra penetró sigilosamente empuñando una pistola.

Sin darle tiempo a dar un paso más, salté sobre él como una

fiera. De un tremendo puñetazo en la muñeca, le hice soltar la pistola que perdí de vista debido, a la oscuridad. Seguidamente y con un coraje que sólo la desesperación da, incrusté mi puño en el rostro del asesino que se tambaleó. Pero era un hombre corpulento y no llegó a caer. Se rehízo y sentí un terrible golpe en el pómulo izquierdo.

Luego los puñetazos se prodigaron por ambas partes y rodamos varias veces por el suelo: La lucha fue feroz hasta que por último el que sin lugar a dudas había penetrado en mi departamento para asesinarme, salió al pasillo aprovechando que la puerta había quedado abierta, con la intención de escapar.

Sentía que mi rostro ardía y sin pensarlo más salí tras él al que logré alcanzar en el momento en que iba a bajar la escalera. Alargué mi pie con el que tropezó y rodó peldaños abajo como una pelota dando tumbos sin cesar.

Pensé que la victoria era mía y me dispuse a seguirle, pero entonces desde abajo y sin que me diera cuenta de la presencia de nadie más ya que la oscuridad era casi completa, sonó un disparo y la bala pasó rozando mi oreja.



El teniente escuchó con atención cuanto le dijo

Esto me detuvo y tuve que proteger mi cuerpo en un ángulo del rellano. Sonó otro disparo y después oí claramente cómo los dos individuos salían a la calle. Seguidamente un motor se puso en marcha y un automóvil se deslizó por el asfalto.

Jadeante, sangrando por la nariz, me fui corriendo hacia la ventana para tratar de descubrir el coche. Pero no lo conseguí.

La calle estaba desierta.

Me dejé caer sentado en la cama cuando oí voces que se acercaban por el pasillo y carreras.

Era lógico. El ruido de la lucha primero y los disparos después, habían movilizado a los vecinos.

Varias personas se detuvieron ante la puerta.

—Señor Fredd —dijo una voz—, ¿le ha ocurrido algo?

Otra de las personas que habían acudido movió el interruptor de la luz y la estancia se iluminó.

Al verme con la cara ensangrentada, dos hombres y una mujer corrieron hacia mí.

Otro se agachó para coger la pistola que había ido a parar debajo de una mesa.

—¡No toques eso! —grité al pensar que aquella arma era un buen elemento para descubrir al asesino. Allí estarían sus huellas dactilares y Tropp no tardaría en saber a quién pertenecían si es que se trataba de un pistolero profesional.

Tuve que agradecer el interés de los vecinos, decirles que no era necesario que llamasen a la policía porque yo mismo lo haría más tarde y aconsejarles que volvieran a sus habitaciones.

Por fin me quedé solo. La señora Martín, que había sido enfermera, me había curado los rasguños y heridas y mi cara parecía un anuncio de esparadrapo.

Lo que más lamentaba y rabia me producía, era que debido a la oscuridad no había podido ver la cara de mi agresor. Sólo puedo afirmar que era un hombre más bien alto y de cuerpo atlético.

Al pensar esto me vino a la memoria el retrato que me hizo Esther de los dos hombres que habían ido a buscar al desgraciado Emil. Uno de ellos, me había dicho, aparentaba tener unos cuarenta y cinco años, alto, moreno y de facciones rudas que vestía con elegancia y tenía el cuerpo atlético. Como el que me había agredido a mí.

* * *

A la mañana siguiente me quité varios de los esparadrapos que me cubrían el rostro y a la hora prevista me fui al entierro de Emil Rusck. Estaba seguro que Tropp a pesar de haberme dado ya la

pistola y la licencia iría también porque era un motivo para vigilar a los asistentes.

Cuando vi el féretro sentí una terrible congoja. Emil había sido víctima del más canallesco de los asesinatos por haber descubierto algo muy importante sobre la muerte del acaudalado Nick Brasley.

Tropp al verme se me acercó.

—¿Qué significan esas heridas? —me preguntó.

Le expliqué lo que me había sucedido, relato que le hizo fruncir el ceño más de la cuenta. Estaba seguro que también el teniente empezaba a estar preocupado y convencido de que mis puntos de vista eran ciertos. Pero como de costumbre no hizo el menor comentario.

De repente me preguntó:

—¿Estuviste anoche hablando con alguien?

Le contó la entrevista que había tenido con Topson en el restaurante.

Tropp meneó la, cabeza y esbozó en la comisura de sus Libios una extraña mueca.

—Estoy seguro —le dije— que ese hombre sabe más de la cuenta. Ayer de no estar en un sitio público, le hubiera amenazado e incluso roto la cara para que hablase. No pude hacerlo, pero lo haré.

—No podrás hacerlo —repuso el policía con cierta pausa— porque Topson ha sido encontrado muerto esta madrugada cerca de su casa. Un coche lo ha atropellado.

Lancé una imprecación y me puso tan furioso que Tropp tuvo que recomendarme calma cogiéndome por el brazo.

—Es el mismo procedimiento —mascullé— y esto va resultando más claro que el agua. Al entrevistarme con ese canalla firmé mi sentencia de muerte de la que he escapado por suerte. A les asesinos no les interesaba que prosiguiera por este camino y al ver que no me habían eliminado, han dado muerte a Topson para quemo pudiese hablar. ¿No lo crees así, Tropp?

El teniente asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo— y por eso no hemos perdido el tiempo. Inmediatamente he llamado al doctor Krass para que hiciera la autopsia al cadáver porque estoy convencido de que ese hombre no murió del atropello.

Mi corazón palpitaba con fuerza loca dentro de mi pecho. Tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerme.

Tropp con su penetrante mirada observaba a cuantos habían acudido al entierro.

También yo miraba a uno y otro lado, pero nada de anormal pude ver.

Al llegar al cementerio un coche hizo su aparición y del mismo descendió el doctor Krass.

Se acercó inmediatamente a nosotros. Ambos teníamos que hacerle preguntas. Tropp sobre la autopsia que acababa de realizar de Topson y yo para interesarme por Esther.

El médico se lamentó de no haber podido acudir al entierro. Se dirigió a mí para decirme:

—Ya le dije que conocía a este muchacho y lo apreciaba mucho. A veces me había hecho buenos servicios relacionados con algunos de mis clientes.

Seguidamente me dijo que Esther seguía su curso y que ni luego quería acompañarle me permitiría verla tal como me había prometido. Se lo agradecí.

A continuación le dijo a Tropp:

—Querido amigo, Topson estaba muerto ya cuando el coche lo atropelló. Le habían dado dos puñaladas mortales de necesidad. Es lamentable —terminó diciendo Krass— que se produzcan estos abominables crímenes.

Emil recibió sepultura y los que le habíamos acompañado hasta su última morada salimos con la cabeza baja. No comentamos nada, pero estoy convencido que todos pensábamos que también la muerte de Emil Rusck había sido un crimen.

Un cuarto de hora más tarde, el doctor Krass me invitó a subir en su propio automóvil.

—Lo llevaré a la clínica.

—Si me lo permite —intervino Tropp— me gustaría ir a mí también.

El médico asintió y momentos después seguíamos los tres el camino que conducía a su clínica.

Precedidos por el mismo, penetramos en el edificio y nos dirigimos a la habitación en la que estaba Esther.

Al cruzar uno de los pasillos apareció un médico a enfermero al

que Krass hizo un ademán para que se acercase.

—¿Cómo sigue esa chica? —preguntó.

—Su curso normal, doctor. Si todo marcha así, no tardará demasiados días en recuperarse.

—Gracias, Roper —movió ligeramente la cabeza el doctor Krass que nos invitó a seguirle de nuevo.

No dije nada, pero mucho le agradecí al médico el interés que se tomaba. Al haber preguntado solamente por «la chica» sin necesidad de indicar su nombre o el número de la habitación en la que se encontraba, decía a las claras que todos en la clínica habían recibido órdenes de cuidar muy bien a la paciente.

Al llegar frente a la habitación de Esther, el doctor dijo:

—Ya le indiqué que tendrá que conformarse en ver a esa señorita a través del cristal.

—Sí, me hago cargo.

Momentos después contemplé a Esther que yacía inmóvil en la cama. Tenía un tubo que me pareció de goma metido en la nariz y cuyo otro extremo se comunicaba con unos vasos en los que había un líquido y que a su vez tenía conexión con un extraño recipiente que creo era de oxígeno.

Me sentí un poco desalentado y comprendí que la muchacha estaba bastante grave.

Tropp, que había estado mirando también por detrás de mi cabeza, me cogió amigablemente por el brazo y dijo:

—Vamos, Fredd, nada más podemos hacer aquí.

Krass me vio seguramente tan abatido que se vio en la necesidad de indicar:

—Ya le dije que la salvaríamos. No se preocupe, estamos haciendo todo lo humanamente posible y puede tener la seguridad de que seguimos el tratamiento más adecuado. Quédese tranquilo y ya verá cómo dentro de unos días, estará todo solucionado.

Asentí y momentos después, luego de habernos despedido del doctor Krass que nos estrechó la mano efusivamente, Tropp y yo retrocedimos por el pasillo.

CAPÍTULO XIII

Al llegar al vestíbulo me detuve de pronto y cogiendo por el brazo a Tropp, lo hice retroceder conmigo hasta detrás de una columna. Me miró sumamente extrañado y fue entonces cuando dije:

—Aquel hombre que está hablando con el conserje es Lionel Brick, el anticuario del que te hablé. ¿No te parece extraño que esté aquí?

El teniente sonrió y dijo:

—No veas fantasmas en todas partes, Fredd, ya que esto es una clínica y aquí puede acudir mucha gente. Además sé que el doctor Krass es un coleccionista de antigüedades y por lo tanto no tiene nada de extraño que este hombre esté aquí.

Sí, era lógico que Tropp tuviera razón, pero a mí a pesar de todo, me parecía mucha casualidad todo aquello.

Tuve que sujetar al policía para que no adelantase.

—Prefiero que el anticuario no me vea —le dije.

Tropp sonrió una vez más y se conformó.

Brick, después de intercambiar unas palabras con el conserje se internó en el edificio por un pasillo que estaba a la izquierda de donde nosotros nos encontrábamos.

De buena gana hubiera saltado sobre el anticuario para obligarle a decir el motivo de su presencia en la clínica, pero la presencia de Tropp me obligó a permanecer quieto. No obstante no pudo evitar que al pasar junto al conserje le preguntase:

—¿Verdad que este hombre que acaba de entrar es el anticuario Lionel Brick?

—En efecto, señor, y viene muy a menudo por dos motivos fundamentales: para ser tratado periódicamente debido a una enfermedad que sufre y para hacer negocio con sus géneros. El

doctor Krass es muy aficionado a estas cosas y cuando se conocieron debido a la enfermedad del primero, entraron en relaciones comerciales al instante.

Tropp me miró con una sonrisa irónica en los labios que era tanto como si me hubiera dicho: ¿lo ves cabezota?

Ya en la calle nos dispusimos a coger un taxi para regresar al centro de la ciudad ya que la clínica estaba un poco apartada del centro urbano.

—Iremos a tu casa —dijo Tropp— porque deseo echar una ojeada al escenario de los mamporros de esta noche pasada. Además quiero recoger la pistola con que te amenazaron porque a lo mejor puede servimos de algo.

Media hora más tarde abría la puerta de mi departamento. La luz entraba a raudales por la ventana y sin apenas fijarme en nada señalé la mesa y dijo:

—Allí está el arma.

El teniente miró varias veces hasta que repuso:

—¿Dónde?

Iba a señalar de nuevo y me quedé casi sin aliento. La pistola había desaparecido.

Miramos la cerradura con detenimiento. La llave que habían utilizado para abrirla tenía que encajar forzosamente porque no presentaba el menor deterioro. Es decir, la puerta había sido abierta con una llave exactamente igual a la mía.

—Nadie más que yo tiene la llave de esta cerradura.

Sin meditar un solo instante, Tropp me dijo como si le hablase a un chiquillo:

—Pero te narcotizaron. Y ¿sabes qué puede representar esto?

No tuvo necesidad de decírmelo. Saqué el llavero y miré con la máxima atención la llave. Estaba relativamente limpia, pero en una de las ranuras había unas partículas de algo rosado.

—Sin lugar a dudas, esto debe ser cera especial y te sacaron un molde de la llave.

La silueta de Lucy revoloteó unos instantes ante mis ojos y lo mismo me ocurrió con la asquerosa figura de Philipp. Uno de esos dos personajes tenía que ser forzosamente el interesado en darme el narcótico, a no ser que…

Tropp me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Tienes esas notas en las que te amenazaban?

Se las entregué al instante, las miró unos momentos y las puso junto al informe de la autopsia de Topson que el doctor Krass le había entregado en el cementerio.

—Tendrás que darme la llave también para analizar estos fragmentos rosados que tiene.

—Si no te importa —le dije— iré contigo.

—De acuerdo.

Al llegar a la comisaría, Tropp mandó llamar al jefe del departamento de química que se presentó al instante.

—Analicen inmediatamente las motitas de ese material rosado.

—Sí, teniente.

El policía desapareció llevándose con sumo cuidado la llave que yo mismo le entregué.

Tropp se sacó del bolsillo las notas que le había dado y el informe del doctor Krass.

Dejó lo último en la mesa junto a una figurilla de bronce y retuvo en las manos las notas que me habían mandado.

Las examinó durante un buen rato en silencio y luego las dejó junto a los otros papeles. Fue entonces cuando Tropp hizo un movimiento que me llamó la atención. Cogió ambos papeles y los puso uno al lado del otro, clavó los ojos en ambas escrituras y luego miró a trasluz una y otra de las hojas.

—¿Qué sucede? —preguntó interesado.

—Esto es muy extraño —comentó solamente Tropp y descolgando el teléfono, ordenó que se presentara de nuevo el jefe del departamento de química.

Cuando lo tuvo frente a él, le entregó los indicados papeles a los que añadió el primer informe del doctor Krass relacionado con la autopsia de Emil y dijo:

—Analicen inmediatamente estos papeles y la tinta de los mismos.

Me quede perplejo, como aturdido, sin atinar a pronunciar una sola palabra. Eran tantas las cosas que acudieron a mi mente que estoy seguro que mi cara parecía la de la persona más idiota del mundo.

Fue al cabo de un rato que pude reaccionar y preguntarle a Tropp por qué hacía aquello.

El teniente había permanecido con la cabeza baja como si no pudiese dar crédito a lo que seguramente estaba pensando. Por fin comentó:

—Creo que nos encontramos ante un hecho muy inesperado. No puedo asegurarlo y por eso he mandado que analizasen el papel y la tinta. Quisiera equivocarme, pero me parece que ambas cosas han salido del mismo lugar.

—¿Quieres decir que el papel del informe y el de las notas que yo he recibido es de la misma clase y que la tinta de las amenazas y la firma del doctor Krass es de exacta procedencia?

Por toda contestación, Tropp afirmó con la cabeza.

En este caso el doctor Krass… Y allí en sus manos estaba Esther.

Ahora estaba casi seguro de que la muchacha no se salvaría.

Me levanté de un salto.

—Espera —ordenó tajante Tropp adivinando mis intenciones— no podemos precipitarnos, ya que nada ganaríamos con ello.

No sé lo que le hubiera dicho ni lo que hubiera hecho de no haber aparecido el policía del departamento de química para informar que las partículas de la llave eran sin la menor duda de la cera especial que se acostumbra a emplear para sacar moldes y que los papeles y las tintas eran de la misma procedencia.

Cuando estuvimos solos de nuevo, miré a Tropp fijamente y grité:

—¿Es que estás dudando todavía?

—Ya te he dicho que hay que obrar con mucha prudencia. Sí, estamos sobre la pista, pero no olvides que a veces la casualidad nos gasta bromas muy pesadas. El papel es de la misma clase y podría decirse que de la misma partida de fabricación y la tinta también, pero no olvides que las fábricas no hacen una cosa para venderla a un individuo determinado.

—Pero ¿y la presencia del anticuario en la clínica?

—Calma, Fredd, no te precipites y déjame pensar. No podemos obrar sin estar seguros de todo.

—¿Es qué quieres aún más pruebas? —vociferé.

El teniente sacó varios papeles de un cajón y los examinó. Luego se quedó pensativo. Finalmente exclamó:

—Creo que tienes razón, Fredd, la clínica del doctor Krass recibió un importante legado al morir Nick Brasley.

—Lo asesinaron. Emil Rusck quería decírmelo explicándome quiénes habían sido los criminales y por eso lo mataron. ¿Comprendes?

—Sí, empiezo a verlo todo con bastante claridad.

—Es preciso ir a la clínica inmediatamente antes de que el doctor Krass asesine también a Esther.

—Lo haremos, pero en el momento oportuno. Mientras no recelen que hemos hecho estos descubrimientos, nada ocurrirá. Por lo tanto tienes que dejarme que organice debidamente la trampa para poder acusar sin el menor fallo a ese bandido.

—¡Matarán a Esther! —grité una vez más.

—No seas loco —los ojos del teniente echaban chispas— y no trates de obrar por tu cuenta ya que lo estropearías todo. Si no me prometes que vas a hacer lo que te diga, me veré obligado a encerrarte hasta que nosotros hayamos llevado a cabo las debidas investigaciones. Es a la policía a quien corresponde obrar. Deberías darnos las gracias y no entorpecer nuestros pasos.

—Pero ¿cuándo piensas actuar?

—En el momento oportuno. No puedo decirte más.

CAPÍTULO XIV

Seguro de que no lograría convencer a Tropp para que precipitara los acontecimientos, le prometí una y mil veces que esperaría su resolución para que me dejara salir de la comisaría. Sabía que de no hacerlo así me tendría encerrado hasta no haber realizado el programa tal y como él lo había planeado. Pero yo no podía esperar a que Esther fuera la nueva víctima del doctor Krass, y una vez en la calle me fui directamente a la clínica dispuesto a todo. En aquel momento ya casi nada me importaba el éxito que pudiera tener la policía. Mi único afán era arrancar de las garras del doctor Krass a Esther.

Cuando llegué a la clínica me di cuenta de que aquello no iba a ser demasiado fácil. La muchacha, si es que estaba aún viva, no podía valerse por su pie y yo sólo era en realidad muy poca cosa para luchar contra la pandilla de desalmados que sin lugar a, dudas tendría a sueldo el doctor Krass.

Pero a pesar de ello y de las reflexiones que me hice, mientras en mi cerebro la palabra prudencia me martilleaba sin cesar, entré decidido en el establecimiento asegurándome de que la pistola estaba en su sitio y que no le faltaban las balas correspondientes.

Sé que entré como una tromba en el vestíbulo y que por eso el conserje se levantó y se puso delante de mi para cerrarme el paso.

—¿Dónde va usted?

Le di un empujón y traté de seguir adelante, pero el hombre se revolvió y me cogió por el brazo.

—No puede entrar sin una orden escrita del doctor Krass. No es hora de visita.

Por toda contestación le di un tremendo puñetazo que lo derribó. No obstante se levantó de un salto y corrió hacia él

mostrador con la evidente intención de hacer sonar el timbre de alarma.

Me lancé de nuevo sobre él y lo detuve en el momento en que su mano iba a apretar el botón encarnado de un pulsador.

Cuando iba a golpearlo de nuevo para dejarlo fuera de combate definitivamente, una voz resonó a mis espaldas:

—¿Qué significa esto?

Ante mí apareció el doctor Krass que con cara de asombro me estaba mirando. Era evidente que el médico iba a salir.

Por un instante mi mano derecha acarició la culata de la pistola. Me hubiera sido muy fácil disparar contra él pero no lo hice por miedo a perjudicar a Esther.

El conserje contestó por mí.

—Este hombre quería entrar a toda costa.

Krass meneó la cabeza y sonrió.

—Es usted muy impaciente —exclamó acercándose con toda tranquilidad—, pero me hago cargo. Ya le dije que si deseaba ver a la muchacha sólo tenía que llamarme. De haberlo hecho hubiera dado la orden de que le dejasen entrar. ¿No es esto lo que desea?

Las palabras del médico me parecieron tan cínicas que poco me faltó para no llamarle asesino y estropearlo todo, pero la imagen de Esther pudo más que todo y me limité a afirmar con un ligero movimiento de cabeza como si me arrepintiese de lo que había hecho.

—Vamos, yo mismo le acompañaré hasta el piso superior, pero le advierto que no podrá entrar en la habitación de Esther y tendrá que limitarse a verla como antes.

Los nervios golpeaban todos mis músculos que daban saltos en mi cuerpo.

—Bien, doctor —dije con la máxima calma que pude.

Al llegar al piso superior el doctor me señaló un pasillo para indicarme que la habitación era la 32.

—Debe perdonarme que no vaya con usted. Me es preciso hacer unas visitas de urgencia. Y calme sus ánimos que todo se arreglará satisfactoriamente.

Me tendió la mano y no sé lo que vería en mi rostro, para preguntarme:

—¿Qué le pasa a usted?

Tentado estuve de pegarle un tiro, pero una vez más me contuve y le di la mano al decir:

—Nada, doctor, comprenda que esta muchacha significa mucho para mí y estoy preocupado.

—Vamos, no tema. Ya le dije que se salvaría.

Krass me miró de nuevo yo no sé si con lástima u odio y desapareció.

Iba a seguir pasillo adelante hacia la habitación de Esther, pero me detuve. Estaba convencido que el doctor no saldría de la clínica y que en aquellos instantes estaría redondeando su obra. Quise cerciorarme y me acerqué a una ventana desde la que se dominaba la entrada del establecimiento.

No tuve que esperar demasiado. El doctor salió lo cual produjo en mí un efecto desconcertante. Pero por si esto fuera poco, descubrí algo que me hizo un nudo en la garganta. El chofer que abrió la portezuela del coche en el que subió Krass no era un desconocido para mí ya que se trataba de Ruddy, el conductor del camión que me había recogido en la carretera a raía del porrazo que recibí en la tasca de Philipp.

Comprendí que las cosas se iban poniendo en claro. No se trataba de un criminal, sino de una banda de asesinos capitaneada por Krass que ya había hecho matar a Nick Brasley para poder cobrar el legado. En el interior de mi cabeza me daba la sensación que tenía un ejército de lagartijas recorriéndolo sin cesar.

Me dirigí a la habitación de Esther. Miré por el cristal de la puerta y vi claramente que la muchacha hablaba con cierta tranquilidad con una enfermera que de espaldas a mí le estaba dando una inyección.

De pronto sentí que mi corazón daba un vuelco. La enfermera se puso de perfil y la reconocí al instante. Era Lucy, la muchacha que en el
«Pickwick's»
había hecho posible que me narcotizaran. Entonces comprendí que había sido ella la causa de todo y que Philipp, por muy canalla que fuera, me había dicho la verdad.

Con sumo cuidado porque mi intención era sorprender a Lucy en el interior de la habitación, moví el manubrio de la puerta y la empujé. Estaba cerrada por dentro. Entonces no me quedaba otra

solución que esperar a que la enfermera saliera para pedirle cuentas y poder entrar.

Me aparté del cristal y esperé.

A los pocos momentos, Lucy apareció en la puerta.

La cogí fuertemente por el brazo y al reconocerme palideció. No obstante hizo un brusco movimiento para desprenderse de mi mano, cosa que consiguió al mismo tiempo que la jeringuilla y un frasco que llevaba en las manos se estrellaban contra el suelo.

Sin decir nada echó a correr.

Por un instante me volví para ir detrás de ella, pero rectifiqué y me introduje en la habitación de Esther. Creí que era mejor estar a su lado.

La joven, al verme, me abrió los brazos.

—¡Fred!

La estreché contra mi cuerpo y la besé.

—¡Esther, amor mío!

—Gracias a Dios que has venido porque tengo muchas cosas que contarte. He descubierto que… —Sus ojos se agrandaron y lanzó un grito de terror. Alguien acababa de entrar en la habitación.

Di un salto y me llevé la mano a la pistola, pero nada pude hacer porque un hercúleo brazo me atenazó con fuerza mientras una mano acercaba a mi boca y nariz un algodón impregnado de cloroformo.

Miles de luces aparecieron ante mis ojos mientras en mis oídos me pareció oír los gritos desesperados de Esther y su voz que nombraba al doctor Krass. Luego unas tinieblas impenetrables. El efecto del cloroformo había sido contundente.

* * *

Cuando recuperó el conocimiento vi que me encontraba en una habitación parecida a una enfermería y que sólo tenía una alta ventana protegida por unos barrotes de hierro. Era seguro que me encontraba aún en la clínica.

Delante de mí y sonriendo con sarcasmo, había cuatro personas: Lucy, el anticuario Brick, el médico o enfermero que había conocido en una de mis visitas y un hombre que me era totalmente desconocido.

A pesar de que mis sentidos estaban embotados y que sentía una terrible angustia, pude incorporarme y quedar sentado en el camastro donde me hallaba.

—¡Asesinos! —exclamé con todas las fuerzas de que fui capaz.

La contestación fue una general y burlona carcajada.

Brick se me acercó.

—Jovencito —dijo con sarcasmo— sabe usted demasiadas cosas y ya conoce por experiencia lo que les sucede a los entrometidos. No ha hecho caso de nuestros avisos y ahora se encuentra en un callejón sin salida. Nosotros…

—Basta. —Gritó el hombre que me era desconocido—. No tenemos por qué dar ninguna explicación. Lo que tengamos que hacer con él lo decidirá nuestro jefe. Ya sabéis que no puede tardar y veremos lo que decide.

Me iba recuperando por momentos. Pensé en la pistola y llevé mi diestra al bolsillo. Me habían desarmado.

Durante varios minutos tuve que soportar las más inicuas burlas y aunque por dos veces me puse en pie comprendí que de momento nada podría hacer contra aquellos tres hombres. Y luego vendría el jefe, el doctor Krass que decidiría sin lugar a dudas otro accidente. Pensé en Esther y comprendí que deshacerse de ella era la cosa más natural del mundo. Cualquier veneno y luego la certificación del médico como muerte producida por la herida recibida por arma de fuego. Todo muy lógico y natural para aquellos desalmados que darían así cima a sus abominables maniobras.

Por la ventana entró el ruido de un motor y unos toques de claxon.

Los bandidos se miraron sonrientes.

—El jefe —dijo Brick.

Momentos después se abrió la puerta del departamento y apareció el dirigente de la pandilla.

Sentí un tremendo escalofrío.

La persona que acababa de entrar en la estancia era Martha Lieman.

Se acercó a mí y dijo:

—Lo siento, pero me veo obligada a obrar de forma que pueda proteger mi vida y la de mis compañeros.

—A costa de la mía, ¿no es cierto?

Después de sonreír con sarcasmo, la viuda comentó:

—Es cierto.

No pude contenerme y le di un tremendo bofetón.

Los hombres adelantaron un paso, pero la mujer los detuvo con un gesto. Me miró con odio y dirigiéndose luego a sus secuaces, dijo:

—En cuanto a la chica, seguiréis el tratamiento que le hemos impuesto, y en cuanto a éste —me señaló—. Sufrirá un accidente como los otros.

Encerrado en aquella habitación, rodeado de la pandilla de asesinos, nada podía hacer para tratar de escapar. Y en mi cabeza se acumularon infinidad de ideas al mismo tiempo. Entonces ¿qué papel asumía el doctor Krass en todo aquello? Sí, por un momento lo comprendí. El, era el verdadero jefe y se valía de aquellos bandidos para quedar un poco al margen de todo. De otra manera no podía comprenderse su actitud.

—¿Cuándo va a tener lugar el accidente? —preguntó el enfermero dirigiéndose a la Lieman.

—Podéis llevároslo ahora mismo por la puerta de atrás.

Dos manos que me parecieron garfios me sujetaron fuertemente por los brazos.

—¡Vamos!

Me sentí empujado con violencia.

Al pasar junto a Lucy, ésta me sonrió con malicia y dijo:

—Es usted muy simpático, pero sabe demasiado. Buen viaje.

Ella misma abrió la puerta sin abandonar la risa burlona que tenía en los labios.

Los que me llevaban hicieron un gesto de sorpresa y me soltaron al instante. En el umbral de la puerta estaba Tropp con varios policías que encañonaron inmediatamente a los bandidos.

No obstante, éstos no se dieron por vencidos y trataron de defenderse echando mano a sus pistolas.

Brick cayó al instante herido de muerte y los otros a la orden imperiosa del teniente depusieron su actitud.

A pesar de ello la viuda Lieman me miró con ojos centelleantes y sacando de su bolso una pistola la levantó para disparar contra mí. Hice un rápido movimiento y el tiro alcanzó al enfermero.

Intentó disparar de nuevo, pero uno de los policías la cogió por

el brazo y la bala se incrustó en el techo.

Los bandidos estaban reducidos, pero yo no podía conformarme todavía. Podían existir más en la casa y atentar contra Esther. Por eso salí corriendo para dirigirme a su habitación.

—¿Dónde vas, Fred? —gritó el teniente.

—¡Esther está en peligro! —contesté sin dejar de correr escaleras arriba.

Desde la punta del pasillo observé como el doctor Krass penetraba en la habitación de Esther. En la mano llevaba una jeringuilla hipodérmica.

Corrí desesperadamente y entré como una tromba en el momento en que el médico se preparaba a pinchar a la muchacha. Si hubiera tenido un arma hubiera disparado contra él. No podía permitir que en el último instante me arrebatase a la mujer que quería y con todo el coraje cogí una silla y la levanté contra el médico.

—¡No, Fred! —gritó Esther.

Pero la silla había empezado su trayectoria y hubiera caído inexorable sobre la cabeza del médico de no haber entrado Tropp que me golpeó con fuerza el brazo.

—¡Estás equivocado! —gritó.

En verdad, mi cabeza parecía un volcán.

* * *

Unos meses más tarde Esther y yo nos casamos. El misterio había dejado de serlo.

La viuda Lieman era la amante del administrador de la clínica de Krass que era el desconocido que estaba con los otros bandidos cuando poco faltó para que me liquidasen. Todos ellos habían envuelto al médico en sus redes al que estafaban de las formas más diversas, pero el médico a raíz de ser internada Esther en la clínica, observó que los medicamentos que recetaba no producían la reacción normal en la muchacha y como sea que algunas cuentas que le había presentado el administrador le parecieron un poco embarulladas, empezó a recelar de sus empleados y fue él mismo el que mientras yo trataba de arreglar las cosas se fue a ver a Tropp que tan justo llegó para salvarme.

Philipp vivía de la gente del hampa y por eso se limitaba a callarse muchas cosas para no pasar a ser una víctima más de los bandidos que frecuentaban su casa y en cuanto a la Froïndel y Morgan, le habían servido a la viuda en sus respectivos negocios sin sospechar siquiera que se trataba de una mujer sumamente peligrosa, una mujer que junto con todos sus secuaces, cumplía la condena que les había sido impuesta por los desmanes cometidos.

Todo muy simple y claro.

Esther me había dicho:

—Si le llegas a dar con la silla al doctor, hubieras evitado que me diera la inyección que como contraveneno me salvó la vida, o sea que el porrazo iba dirigido en realidad a mí, y no creo que nunca te atrevas a tal cosa.

La estreché contra mi cuerpo y la besé apasionadamente.

—No. Esther, no es fácil que queriéndote como te quiero, haga una cosa semejante.

Ella se abandonó a mis brazos y me devolvió el beso que después de las angustias pasadas me pareció la cosa más dulce y sabrosa del mundo.

Sólo lamenté que Burton no viera aquella apasionada escena para que se muriese de envidia.

FIN

P. Newman es el seudónimo de José María Carbonell Barberá, es la única obra que escribió para la colección con ese seudónimo.

Josep María Carbonell Barberá (Reus 1910 - Barcelona siglo XX) fue un escritor catalán.

Hijo de Francisco Carbonell y sobrino de Josep Carbonell y Alsina, se fue con su familia a Barcelona cuando tenía 7 años. Su padre, literato y autor de sonetos y poemas, tenía una buena biblioteca de la que Josep María Carbonell se nutrió. Trabajó para varias editoriales barcelonesas hasta que hacia 1955 entró en la Editorial Bruguera, donde fue uno de los adaptadores más conocidos de obras clásicas que aquella editorial publicaba en colecciones como «Historias» o «Historia selección», traduciendo las también del inglés o el francés. Fue guionista de cómics publicados por la misma editorial. Colaboró de forma continuada con Jesús Rodríguez Lázaro, con Armonía Rodríguez, su hermana, y con Laura García Corella, traductora y adaptadora de novelas juveniles. En sus traducciones y adaptaciones para la Editorial Bruguera, usaba también el seudónimo de Norman R. Stinnet. Escribió novelas policíacas y del oeste que le publicaron varias editoriales. En 1935 había vuelto a Reus por un período corto de tiempo, donde escribió «El Divino Maestro», una obra de carácter religioso apta para ser representada en el Centro Católico de la ciudad, obra que no imprimió.

Con el de Marcel
D’Isard
firmó libros sobre música ligera y algunas adaptaciones en historieta de tipo romántico para Bruguera, siendo recordado sobre todo por su participación en Sissi.

Otros seudónimos: Norman R. Stinnet, Marcel D Isard.